COMEDIA FAMOSA.

GUARDATE DEL AGUA MANSA.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Don Felix, Galàn. ⁂ *Don Alonso, Barba.* ⁂ *Brigida, Criada.*
D. Juan de Mendoza, Galàn. ⁂ *Doña Clara, Dama.* ⁂ *Hernando, Criado.*
Don Pedro, Galàn. ⁂ *Doña Eugenia, Dama.* ⁂ *Otañez, Vejete.*
Don Toribio Quadradillos. ⁂ *Mari Nuño, Dueña.* ⁂ *Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Salen D. Alonso, Barba, y Otañez, Vejete.

Otañ. UNa, y mil veces, señor,
buelvo à besarte la mano.
Alons. Y yo una, y mil veces buelvo
à pagarte con los brazos.
Otañ. Possible es, que llegò el dia
para mì tan deseado,
como verte en esta Corte?
Alons. No lo deseabas tù tanto
como yo; pero què mucho,
si en dos hijas, dos pedazos
del alma, me estaban siempre
con mudas voces llamando?
Otañ. Aun en viendolas, señor,
mejor lo diràn tus labios:
ò si mi señora viera
este dia? *Alons.* No mi llanto
ocasiones con memorias,
que siempre presentes traigo:
tengala Dios en el Cielo,
que à fe, que he sentido harto
su muerte, que desde el dia
que su Magestad premiando
mis servicios, en el Reyno
de Mexico me diò el cargo,
de que vengo, à no mas vèr,
me despedì de sus brazos.
No quiso passar conmigo
à Nueva España, no tanto
por los temores del Mar,
como porque en tiernos años
dos hijas eran estorvo
para camino tan largo,
criandolas quedò en casa:
fue Dios servido, que al cabo
de tantos años faltò,
à cuya causa, abreviando
yo con mi oficio, dispuse
bolver para ser reparo
de su pèrdida, que no
estaban bien sin amparo
de padre, y madre. *Otañ.* Es muy justo,
señor, en tì esse cuidado;
pero si alguno pudiera
no tenerle, eras tù, es llano,
porque el dia que faltò
mi señora, ambas se entraron,
seglares en un Convento,
sin mas familia, ni gasto,
que à Mari Nuño, y à mì,

donde en Alcalà han eſtado
con ſus tias, haſta oy,
que obedientes al mandato
tuyo buelven à la Corte:
y haviendolas yo dexado
ya en el camino, no pude
ſufrir del coche el eſpacio;
y aſsi, por verte, ſeñor,
me adelantè. *Alonſ.* Unos deſpachos,
que para ſu Mageſtad
traxe, demàs del cuidado
de tener pueſta la caſa,
tiempo, ni lugar me han dado,
de ir yo por ellas, demàs,
que el camino es tan coſario,
que perdona la fineza,
pues es venir de otro barrio:
còmo vienen? *Dentro.* Pàra, pàra.
Otañ. Ya parece que han llegado,
ellas lo diràn mejor.
Alonſ. A recibirlas ſalgamos.
Otañ. Eſcuſado ſerà, pues
eſtàn ya dentro del quarto.
Salen Doña Clara, Doña Eugenia, y Mari Nuño, de camino.
Clara. Padre, y ſeñor, ya que el Cielo,
enternecido à mi llanto,
me ha concedido piadoſo,
la dicha de haver llegado
à donde, pueſta à tus pies,
merezca beſar tu mano;
quanto deſde oy viva, vivo
de mas, pues no me ha dexado
ya que pedirle, ſino es
ſolo el eterno deſcanſo.
Eugen. Yo, padre, y ſeñor, aunque
logre en eſtas plantas quanto
me prometiò mi deſeo,
mas que pedir me ha quedado
al Cielo, y es, que tal dicha
dure en tu edad ſiglos largos,
porque eſto del morir, no
lo tengo por agaſſajo.
Alonſ. No en vano, mitades bellas
del alma, y vida, no en vano
al corazon puſo en medio
del pecho el Cielo, moſtrando,
que con dos afectos puede
comunicarſe en dos brazos.
Alzad del ſuelo, llegad
al pecho, que enamorado
buelva à engendraros de nuevo.
Clara. Oy puedo decir, que nazco,
pues oy nuevo sèr recibo.
Eugen. Dices bien, que tal abrazo
infunde ſegunda vida.
Alonſ. Entrad, no quedeis al paſſo,
tomareis la poſſeſsion
de eſta caſa, en que os aguardo,
para que ſeais dueños de ella,
haſta que piadoſo el hado
traiga à quien merezca ſerlo
de dos tan bellos milagros.
Si bien, en mì eſpoſo, padre,
y galàn tendreis, en tanto,
que os vea como deſeo:
Brigida? *Sale Brigida, Criada.*
Brig. Señor? *Alonſ.* Su quarto
enſeña à tus amas. *Brig.* Todo
limpio eſtà, y aderezado:
pero què mucho es, ſi tales
dueños eſpera, el eſtarlo
como un Cielo con dos ſoles?
Clara. Feliz yo, que à vèr alcanzo
eſte dia, aunque à penſion
de haver, Eugenia, dexado
las paredes del Convento.
Eugen. Feliz yo, pues he llegado
à vèr calles de Madrid,
ſin rejas, redes, ni clauſtros. *Vanſe.*
Mari. Ya, ſeñor, que el alborozo
de dos hijas ha dexado
algun lugar para mì,
merezca tambien tu mano.
Alonſ. Y no con menor razon,
que ellas, el alma, y los brazos,
pues por vueſtra buena ley,
en lugar de madre os hallo.
Y ya que, auſentes las dos,
ſolos, Mari Nuño, eſtamos,
decidme ſus condiciones,
que como las dos quedaron
niñas, mal puedo hacer juicio,
que no ſea temerario,
para que prudente, y cuerdo
pueda, como maeſtro ſabio,
governar inclinaciones,
que pone el Cielo à mi cargo.

Mari.

Mari. Con decir, señor, que son
hijas tuyas, digo quanto
puedo decir; mas porque
no presumas, que te hablo
solo al gusto, aunque de entrambas
la virtud, y exemplo es raro,
de lo general verás,
que à lo particular passo.
Doña Clara mi señora,
mayor en cordura, y años,
es la misma paz del mundo;
no se ha visto igual agrado
hasta oy en muger: pues què
su modestia, y su recato;
apenas quatro palabras
habla al dia; no se ha hallado,
que haya dicho con enojo
à criada, ni à criado
en su vida una razon:
es, en fin, Angel humano,
que à vivir solo con ella,
pudiera uno ser esclavo.
Doña Eugenia mi señora,
aunque en virtud ha igualado
sus buenas partes, en todo
lo demàs es al contrario.
Su condicion es terrible,
no se viò igual desagrado
en muger; dirà, señor,
una pesadumbre à un Santo.
Es muy sobervia, y altiva,
tiene à los libros humanos
inclinacion, hace versos;
y si la verdad te hablo,
de recibir un Soneto,
y dar otro, no hace caso;
pero no por esso::- *Alons.* Basta,
que en esso haveis dicho harto:
yo os estimo, como es justo,
que prevenido del daño,
sepa à donde he de poner
desde oy desvelo, y cuidado.
Y assi, aunque en edad menor,
sea primera en estado,
que el marido, y la familia
son los Medicos mas sabios
para curar lozanìas,
flores de los verdes años.
Desde el dia que lleguè,
à la Montaña he embiado
por un sobrino, que hijo
es de mi mayor hermano:
y en èl quiero de mis padres,
y abuelos el mayorazgo
aumentar; pobre es, yo rico,
y es bien, que el caudal fundamos
de la sangre, y de la hacienda,
porque conservemos ambos
el Solar de Quadradillos
con mas lustre; assi, en llegando
serà Eugenia esposa suya,
veamos si el nuevo cuidado
enmienda las bizarrias
de los verdores lozanos. *Sale Otañez.*
Otañ. Un hombre espera alli fuera.
Alons. Quièn es? que esse breve espacio
tardarè, à las dos decid.
Versos? gentil cañamazo! *ap.*
no fuera mucho mejor
un remiendo, y un hilado? *Vase.*
Otañ. Què le has dueñado à señor,
que es lo mismo que chismeado,
que ya và tan desabrido?
Mari. Aora sabes, mentecato,
que apostatàra una Dueña
si supiera callar algo? *Vanse.*
Salen D. Felix Galàn, y Hernando su Criado.
Hern. Bravas Damas han venido,
señor, à la vecindad.
Felix. El agasajo, en verdad,
perdonàra por el ruìdo,
pues dormir no me han dexado.
Hern. La una es dada. *Felix.* Què importò,
si à la una duermo yo,
que haya dado, ò no haya dado?
mas què genero de gente
es? *Hern.* De lo muy soberano,
las hijas de aqueste Indiano,
que comprò el jardin de enfrente,
que dicen, señor, que lleno
de riquezas para ellas,
à solamente ponellas
viene en estado. *Felix.* Esso es bueno:
son hermosas? *Hern.* Yo las vì
al apearse, y à fè,
que por tales las juzguè.
Felix. Hermosas, y ricas? *Hern.* Si.
Felix. Buenas dos alhajas son:

dirèmoslas al momento
todo nuestro pensamiento,
por gozar de la ocasion,
por estàr cerca de casa,
que estoy cansado de andar.
Hern. Lo que hay desde aqui al Lugar
un Vejete quanto passa
me dixo ; y al padre igualo
al hombre de mas valor,
pues dice que por su honor
matarà al Sofi. *Felix.* Esso es malo,
que aunque yo no soy Sofi,
en extremo me pesàra,
que para que èl me matàra,
por èl me muriera aqui.
* Y de las hijas què dixo ?
que Escudero, que empezò
à hablar, nada reservò.
Hern. Diversas cosas colijo
de ambas, que apruebo, y condeno,
porque hay del pan, y del palo,
una es callada. *Felix.* Esso es malo.
*Hern.*Otra es risueña. *Felix.* Esso es bueno:
para la alegre, por Dios,
havrà Sonetazo bello,
y para la triste, aquello
de, ojos, decidselo vos.
Hern. Alegre, ò triste, me holgàra
diviertas, señor, un dia
con una galanteria,
que decirla te costàra
desvelo. *Felix.* A mì ? harto fuera,
que alabarse, vive el Cielo,
de que me costò un desvelo
ninguna muger pudiera.
Esso no, pues sabe Dios,
que si las hiciera ya
algun terrero, serà
por estàr cerca, y ser dos:
aunque à qualquiera me inclina
ya fuerza mas poderosa.
Hern. Serà ser rica, y hermosa.
Felix. No es, sino el estàr vecina,
que es mayor perfeccion, pues
nada la iguala: mas dì, *Llaman.*
llaman à la puerta? *Hern.* Sì.
Felix. Vè, y mira, Hernando, quien es.
Sale Don Juan en trage de camino.
Juan. Yo soy, Don Felix, que estando
la puerta abierta, no fuera
bien, que mas me detuviera.
Felix. Mal llamar ha sido, quando
sabeis, que puertas, y brazos
estàn siempre para vos
de una suerte. *Juan.* Guardeos Dios,
que ya sè que de estos lazos
el estrecho nudo fuerte,
que en nuestras almas està,
sin romperle, no podrà
desatarnosle la muerte.
Felix. Seais bien venido, que aunque
en la jornada de Ungria,
que veniades sabia,
no tan presto os esperè.
Juan. Fuerza adelantarme ha sido
para un negocio, en razon,
Don Felix, de mi perdon.
Felix. Haveisle ya conseguido?
Juan. Sì, y haviendo perdonado
la parte, gozar quisiera
del indulto, que se espera
por las bodas ; y assi, he dado
prisa à venir, para que,
en vuestra casa escondido,
me halle à todo prevenido.
Felix. Dicha es mia: y còmo fue?
Juan. Ya sabes, que por la muerte,
Felix, de aquel Cavallero,
fui à Italia ; pues lo primero
dispuso mi buena suerte
ser ocasion, que el señor
Duque excelso, y generoso
de Terranova famoso
iba por Embaxador
à Alemania, acomodado
con èl à Alemania fui,
y hallandose allà de mì
bien servido, y obligado,
à España escribiò, porque
conocimiento tenia
con la parte: y assi un dia,
sin saberlo yo, me hallè
con el perdon en un pliego,
que de su mano me diò.
Felix. El lance fue tal, que errò
la parte en no darle luego,
pues fue casual la pendencia,
que diò la conversacion.

Juan.

Juan. Essa es, Felix, la opinion
comun; pero mi impaciencia
de mayor causa nacia,
que la que ocasiona el juego.
Felix. Esso es lo que yo no llego
à saber. *Juan.* Pues yo servia,
ya que decirlo no importa,
para casarme con ella,
à una Dama rica, y bella;
y no con suerte tan corta,
que esperanzas no tuviesse,
aunque me las dilataba,
que ausente su padre estaba,
y la madre no quisiesse
tratar su estado sin èl.
En este tiempo entendì
servirla el muerto; y assi,
ocasionado de aquel
lance, que el juego nos diò,
con capa de otros desvelos,
venganza tomè à mis zelos,
con que todo se perdiò;
pues fueran necios engaños,
confiado de mi estrella,
pensar oy, que aun viva en ella
memoria de tantos años.
Felix. Vos estais bien persuadido,
que en Madrid, cosa es notoria,
que en las Damas la memoria
vive à espaldas del olvido.
Su favor, y su desdèn,
ya en ningun estado, no,
hizo fè, bien haya yo,
que en mi vida quise bien.
Juan. Todavia de esse humor?
Felix. Sì, pues aunque ellas son bellas,
me quiero à mì mas, que à ellas,
y assi tengo por mejor
à la que me ha de engañar,
engañarla yo primero,
que yo por amigo quiero
al gusto, mas no al pesar.
Y para que no se crea,
que lo es para vos mi humor,
ni para mì vuestro amor,
otra la plàtica sea:
còmo en la jornada ha ido?
Juan. Como à quien viene de vèr
darse poder à poder
desempeños à partido;
porque tal autoridad,
pompa, aparato, y riqueza,
como ostentò la grandeza
de una, y otra Magestad,
el dia que la hija bella
del Aguila soberana,
generosamente ufana
trocò el Norte por la Estrella
del Hispano, cuya accion,
llanto à gozo competido,
dexò del Aguila el nido,
por el lecho del Leon:
no la viò otra vez el dia.
Felix. De passo no estoy contento
de oirla. *Juan.* Pues estadme atento,
porque à la relacion mia
los afectos Cortesanos
pagueis. *Felix.* Yo os la ofrezco brava.
Juan. Deudora Alemania estaba::-

Sale Don Pedro en trage de camino.

Pedro. Don Felix, besoos las manos
Felix. Seais, Don Pedro, bien venido;
por esta puerta en un punto
oy se entra el bien todo junto:
pues què venida esta ha sido?
acabòse el curso? *Pedro.* No.
Felix. Pues què os tray? *Ped.* Yo os lo dirè.
Juan. Si yo embarazo me irè.
Pedro. No, Cavallero, que yo,
hallandoos con Felix, fio
mucho de vos, porque arguyo,
que basta que amigo suyo
seais, para ser señor mio:
demàs, que aqui es mi venida,
que en decirlo no hago nada,
una Dama celebrada,
que à mi amor agradecida,
pude en Alcalà servir;
vino oy à Madrid, y à vella
vengo, Don Felix, tràs ella.
Felix. Y què mas? *Pedro.* Que por huir
de mi padre, aqui escondido
dos dias havrè de estàr.
Felix. Albricias me podeis dar
de haver à tiempo venido,
que en ella Don Juan tambien
puede haceros compañia.
Juan. Serà gran ventura mia,
que

que en mì conozcais à quien
serviros desea. *Pedro.* Los Cielos
os guarden. *Felix.* Pues vive Dios,
que no haveis de hablar los dos
tocados de amor, y zelos.
Haz que nos dèn de comer, *A Hernan.*
y pues no hemos de salir
de casa, por divertir *Vase Hernando.*
el tiempo que puede haver,
la relacion me decid,
Don Juan, de la Real jornada.
Juan. Con calidad, que acabada,
la prevencion de Madrid
direis despues. *Felix.* Soy contento.
Pedro. Yo vengo à buena ocasion,
que una, y otra relacion
nueva es para mì. *Juan.* Oid atento.
Deudora Alemania estaba
à España de la mas rica,
de la mas hermosa prenda,
desde el venturoso dia,
que Maria nuestra Infanta,
generosamente altiva
trocò la Española Alteza,
por la Magestad de Ungria.
Deudora Alemania estaba
(otra vez mi voz repita)
de tanto logro al empeño,
de tanto empeño à la dicha,
sin esperanzas de que
pudiesse su Corte invicta
desempeñarse con otra,
de iguales meritos digna;
hasta que piadoso el Cielo
ilustrò su Monarquia
de quien, si no la excediò,
pudo al menos competirla,
para que nos restituya
en Mariana su hija
tan una misma beldad,
que parece que es la misma.
Pues si de las dos esferas
vamos corriendo las lineas,
y en florida primavera
le dimos la maravilla,
la maravilla nos buelve
en Primavera florida,
que apenas catorce Abriles
bebiò del alva la risa.
Si la Real sangre de Austria
sus hojas tiñò en la Tyria
purpura, en ella tambien
quiso que en otras se tiñan.
Si prudencia, si virtud,
si ingenio, y partes divinas
la dimos, essa nos buelve,
porque de todas es cifra.
Despues de capitulado
el Rey, que mil siglos viva,
se dilataron las bodas
mas tiempo del que queria
la ansia de los Españoles;
mas no fueran conocidas
las dichas, si no vinieran
con su pereza las dichas.
Fue causa à la dilacion,
esperar que à la festiva
tierna edad de la niñez
creciesse, hasta vèr que oy pisa
de la juventud la margen;
buen defecto es el de niña,
pues se và, aunque ella no quiera,
enmendando cada dia.
Llegò, pues, el deseado
de que feliz se despida
el Aguila generosa
del Real nido que la abriga:
porque saliendo à bolar,
el Quarto Planeta diga,
que Imperial Aguila es, puesto
que de hito en hito le mira.
Y porque no sin decoro
dexe la Corte que habita,
llegò la nueva à Madrid,
porque alli el Rey se despida
de su hermana, hasta la entrega,
mezclando el llanto, y la risa,
que siempre en bodas de Infanta
el pesar, y el alegria
se equivocan, hasta que
de gala el dolor se vista,
saliendo de ellas casada.
Ferdinando, Rey de Ungria,
y Bohemia, inclito joven,
que no vanamente aspira,
que heredada la eleccion,
Roma su laurèl le ciña,
en nombre del Rey, con ella

ſe deſpoſa, y exercita
tan amante ſus poderes,
que ſin perderla de viſta,
haſta Trento la acompaña,
con la pompa mas lucida,
con el fauſto mas Real,
que viò el Sol, pues à porfia
Eſpañoles, Alemanes,
è Italianos, con ſu viſta,
ſe compitieron de ſuerte,
que era glorioſa la embidia;
porque unos, y otros hicieron
en coſtoſas libreas ricas,
tratable el oro en ſus venas,
facil la plata en ſus minas,
agotando de una vez
todo el caudal à las Indias.
Y porque por mar, y tierra
halle ſiempre prevenida
quien por la tierra, y el mar
de parte del Rey le ſirva,
el cargo del mar al Duque
de Turſis (de eſclarecida
generoſa Caſa de Oria,
ſiempre afecta, y ſiempre fina
à eſta Corona) le diò,
porque de nuevo repita
en ſervicios, y finezas
obligaciones antiguas.
La Reyna eſtuvo en Milàn
detenida algunos dias,
por ocaſion de que el mar
embarazò con ſus iras
de Eſpaña el paſſage; pero
quièn de ſu inconſtancia fia,
que no motive de culpa
lo que no es mas que deſdicha?
Del mar, y del viento, en fin,
las condiciones eſquivas,
ò vencidas, ò templadas,
atengome à que vencidas,
llegò el dia de embarcarſe,
y apenas la viò en ſu orilla
el mar, quando convocò
todo el Coro de ſus Ninfas,
para que corriendo à tropas
la campaña criſtalina,
tan ſolo en ella dexaran
aquella inquietud tranquila,
que no baſtando à temerla,
baſte à hermoſearla, y lucirla.
Entrò la Reyna en la Real,
cuya popa era encendida
braſa de oro, que à deſpecho
de tanta agua eſtaba viva.
La chuſma toda de tela
nacar, y plata veſtida,
con camiſolas de Holanda,
que ſu gala es eſtàr limpias.
Velamen, jarcias, y velas,
à ſu modo guarnecidas
de mil colores, formaban
un penſil, à quien matizan
de flores los gallardetes,
y las flamulas, que heridas
del aire que las tremola,
y el agua que las ſalpica,
venganza daban al aire,
y al agua de la ojeriza,
que tenian con las ſalvas
por vèr, que de vèr las quitan
las negras nubes de humo,
que dexò la Artilleria,
la mas pura, la mas bella,
la mas noble, y mas divina
Venus, que ſobre la eſpuma
flechas de conſtancia vibra.
Aqui al compàs de las piezas,
clarines, y chirimias,
à leva tocò la Real,
cuya ſeña obedecida
aun primero, que eſcuchada,
fue de todos, con tal priſa,
que à un miſmo tiempo la boga
arrancò, y ſiendo la grita
ſegunda ſalva vocal,
nos pareciò, quando ſe iba
de la tierra, una viſtoſa
Primavera fugitiva.
Quarenta Galeras fueron
las que ſiguieron ſu quilla,
que mas, que rompen las olas,
las encreſpan, y las rizan.
El golfo tomò la Nao,
aun ſin tocar en las Iſlas
Mallorca, Iviza, y Cerdeña,
no à cauſa de la enemiga
opoſicion de los Puertos

de Francia, que bien podia,
viniendose tierra à tierra,
tomar puerto en sus marinas;
porque en las enemistades
de las Coronas militan
en la campaña las armas,
y en la paz la cortesìa.
Y asi, con salvoconducto
general en sus milicias,
Francia esperò à nuestra Reyna:
que bien lidian los que lidian
para vencer, quando vencen,
aun menos, que quando obligan:
mas no puedo detenerme
en referir las festivas
demostraciones, que Francia
la tenia prevenidas.
El golfo tomò la Nao,
trayendo siempre benigna
en los vientos, y los mares
la fortuna, porque mira,
que con solo este festèjo
que hace à España, se desquita
de otras penas, que la debe
la vanidad de su embidia.
En fin, con serena paz
la vaga Ciudad movida,
ya del remo que la impele,
ya del viento que la inspira,
los mares sulca de España,
y de sus campos divisa
los celages, que quisieran,
que el mar en sus ondas frias
huespedes los admitiesse,
porque una vez se compitan
golfos de verde esmeralda
con montes de nieve riza.
Ya el mar saluda à la tierra,
ya la tierra al mar se humilla,
siendo la primera, que
sus Reales plantas pisan
Denia: ò tù mil veces tù
felice, pues en tu orilla
oy de la concha de un tronco
sacas la perla mas rica.
Querer que yo diga aora
la magestad de las vistas,
el sèquito de su Corte,
las galas, las bizarrias,
el amor de sus vassallos,
de sus Reynos la alegrìa,
no es posible, si no es que
con la voz de todos diga,
que este repetido lazo,
en quien de esposa, y sobrina
el nudo apretò dos veces,
con propagada familia,
para bien comun de España,
venturosos siglos viva.
Felix. No tuve gusto mayor,
estad aora vos atento.
Con el general contento,
digno à su lealtad::- *Sale Hernando.*
Hern. Señor?
Felix. Què dices? *Hern.* Que las dos bellas
Damas, que al barrio han venido,
à la ventana han salido,
y desde èsta puedes vellas.
Felix. Perdone la relacion,
pues dice à voces la fama,
antes que todo es mi Dama,
y despues havrà ocasion
para ella, que vèr deseo,
què cosa son mis vecinas: *Mira adentro.*
vive Dios, que son divinas.
Juan. Veamoslas todos: què veo! *ap.*
ella es. *Pedro.* Pues las visteis vos,
à mì me dexad llegar.
Felix. A fè, que hay bien que admirar
en qualquiera de las dos.
Pedro. Què es lo que veo? ella es, Cielos:
gran dicha ha sido venir
à vuestro barrio à vivir.
Juan. Dissimulen mis desvelos: *ap.*
bizarra qualquiera es.
Pedro. Finja mi pena amorosa: *ap.*
qualquiera es de ellas hermosa.
Felix. Oyen vuessarcedes, pues
bizarras, ni hermosas son:
quitense de aqui, porque
son muy tiernos, para que
les dè en mi jurisdiccion
à su Dama cada uno;
pues estàn enamorados,
dexenme con mis cuidados,
sin alabarme ninguno
bellezas, ni bizarrìas,
que aquestas Damas les digo,
que

que son cosas de un amigo.
Juan. Què poco mis alegrias *ap.*
duraron! ya se quitaron
de la ventana, porque
yo llore su ausencia, y fue
la primer cosa que hallaron,
Cielos, mis penas, que ha sido
de ellas la causa (ay de mì!)
Pedro. La primer cosa que vì *ap.*
es por la que aqui he venido.
Hern. La mesa espera, señor. *Vase.*
Felix. Vamos à comer, que aunque
tan enamorado estè,
tengo mas hambre, que amor.
Juan. Aunque de burlas hablais,
sabed que de mi fortuna
una es la causa. *Vase.*
Felix. A Dios, una.
Pedro. Aunque tan de humor estais,
por si, ò por no, sabed, que
una de las dos, por Dios,
es la que sigo. *Vase.*
Felix. A Dios, dos:
què corta mi dicha fue!
si no es que una misma sea,
que aun peor que esto seria,
la que uno, y otro queria:
plegue à Dios, que no se vea
empeñado en los desvelos
de dos amigos mi honor,
y pague zelos, y amor
quien no tiene amor, ni zelos. *Vase.*
Salen Doña Clara, y Doña Eugenia.
Clara. Por cierto casa, y adorno
todo, Eugenia, està extremado.
Eugen. A mì no me ha parecido,
sino de la Corte el asco.
Clara. Por què?
Eugen. Quanto à lo primero,
porque este, Clara, es el barrio
donde de la Corte habitan
los pajaros solitarios.
A los Pozos de la nieve
casa mi padre ha tomado:
fresca vecindad, Agosto
le agradezca el agasajo.
Clara. Por la quietud, y el jardin
lo haria. *Eugen.* Lindos cuidados,
quietud, y jardin; para esso
Yuste està juntico à Quacos:
porque en Madrid, què quietud
hay, como el ruido? y què quadro,
aunque con mas tulipanes,
que traxo estrangero Mayo,
como una calle, que tenga
gente, coches, y cavallos,
llena de lodo el invierno,
llena de polvo el verano,
donde una muger se estè
de la celosìa en los lazos,
al estrivo de un balcon
à todas horas passeando?
Pues què los adornos? *Clara.* No es
de terciopelo este estrado,
y sillas, y con su alfombra?
de granadillo, y damasco
estas camas? los tapices
de buena estofa? y los quadros
de buen gusto, y el demàs
menage, Eugenia, ordinario,
limpio, y nuevo? pues què quieres?
Eugen. Buenos son, pero diez años
de Indias son mucho mejores.
Yo pensaba, que el adagio
de tener el padre Alcalde,
era niño, comparado
con la suma dignidad
de tener el padre Indiano.
Fuera de que entre estas cosas,
que tù me encareces tanto,
la mejor quadra, y mejor
alhaja es la que no hallo.
Clara. Quàles son?
Eugen. Coche, y cochera,
que ella en invierno, y verano
es la mejor galeria,
y èl el mas hermoso trasto.
Què Indias hay donde no hay coche?
aqui de Dios, y sus Santos:
que ensayados trae, no ha escrito,
muchos pesos? pues veamos,
si no han de hacer su papel,
para què se han ensayado?
Clara. Ni aun à tu padre reserva
la satira de tus labios?
Jesus mil veces! *Eugen.* Mala hija:
vivir quisiera mil años,
solo por vèr si me logro.

Clara. Advierte, Eugenia, que estamos
ya en la Corte, y que el despejo,
el brio, y el desenfado,
del buen gusto, aqui es delito,
que aqui dàn los Cortesanos
estatua al honor de cera,
y à la malicia de marmol.
No digo, que no sea bueno
lo galante, y lo bizarro:
pero què importa, si no
lo parece? y no es tan malo
no ser bueno, y parecerlo,
como serlo, y no mostrarlo.
El honor de una muger,
y mas muger sin estado,
al mas facil accidente
suele enfermar, y no hay ampo
de nieve, que mas aprisa
aje su tez, al contacto
de qualquiera; planta no hay,
que padezca los desmayos
mas presto, que sin el cierzo,
basta à marchitarla el Austro.
Quantos tus versos celebran,
quantos tus donaires, quantos
tu ingenio, son los primeros,
Eugenia, que al mismo passo,
que te lisonjean el gusto,
te murmuran el recato,
rematando en menosprecio
lo mismo que empieza aplauso.
Y una muger como tù,
no ha de exponerse à los daños
de que parezca delito
nada, ni le sea notado
hacer profession de risa,
que tan presto ha de ser llanto.
Hasta oy en carta de dote,
Eugenia, ha capitulado
la gracia? *Eugen.* Quam mihi, & vobis
præstare se te ha olvidado,
para acabar el sermon
con todos sus aparatos.
Y para que de una vez
demos al tema la mano,
has de saber, Clara, que
los non fagades de antaño,
que hablaron con las doncellas,
y las demàs de este caso,
con las calzas atacadas,
y los cuellos, se llevaron
à Simancas, donde yacen
entre mugeres, y fallos.
Don escrupulo de honor,
fue un pesadissimo hidalgo,
cuyos privilegios ya
no se leen de puro rancios.
Yo he de vivir en la Corte,
sin melindres, y sin ascos
del què diràn, porque sè,
que no diràn que hice agravio
à mi pundonor; y assi,
derribado al ombro el manto,
descollada la altivez,
atento el desembarazo,
libre la cortesania,
he de correr à mi salvo
los siempre tranquilos golfos
de calle mayor, y prado,
cosaria de quantos puertos
hay desde Atocha à Palacio.
Uso nuevo no ha de haver,
que no le estrene mi garvo:
amiga sin coche? tate:
y sin chocolate estrado?
no en mis dias, porque sè
que es el consejo mas cano,
el mejor amigo el coche,
y èl el mejor agassajo.
Las fiestas no ha de saberlas
mejor que yo el Kalendario,
desde el Angel à San Blàs,
desde el Trapillo à Santiago.
Si picaren en el dote
los amantes cortesanos,
que enamorados de sì
mas, que de mì enamorados,
me festejen, has de vèr,
que al retortero los traigo,
haciendo gala el rendirlos,
y vanidad el dexarlos.
Todo esto quiero que tengas,
Clara, entendido, y si acaso
vieres en mi::- *Clara.* Què he de vèr,
si aun de escucharte me espanto?

Sale Don Alonso.

Alons. Eugenia? Clara? *Las dos.* Señor?
Alons. Pediros albricias puedo.

Las

Las dos. De què? *Alonf.* De la mejor dicha,
mayor bien, mayor contento,
que sucederme pudiera,
despues de llegar à veros.
Don Toribio Quadradillos,
hijo mayor, y heredero
de mi hermano, mayorazgo
del solar de mis abuelos,
llegarà al punto: una tropa
que se adelantò, me ha hecho
relacion de que aora queda
muy cerca de aqui. *Eugen.* Por cierto,
que pensè que havia venido,
segun tu encarecimiento,
algun Plenipotenciario
con la paz del Universo.
Alonf. Mari Nuño?
Salen Mari Nuño, y Brigida.
Mari. Què me mandas?
Alonf. Aderecese al momento
aquesse quarto de abaxo,
estè aliñado, y compuesto.
Tù, Brigida, saca ropa
de la escusada. *Brig.* Ya tengo
un azafate, que pueden
beber su holanda los vientos. *Vanse.*
Alonf. Otañez? *Sale Otañez.*
Otañ. Señor? *Alonf.* Buscad
algo de regalo presto,
para que coma en llegando: *Vase Otañ.*
y à las dos, hijas, os ruego
le agassajeis mucho, ved
que es vuestra cabeza, y creo,
que serà la mas dichosa
la que le tenga por dueño;
pues serà escudera suya
la otra: assi inclinar pretendo *ap.*
à Eugenia. *Eugen.* Yo de essa dicha
pocas esperanzas tengo,
que Clara es mayor.
Clara. Què importa,
si es mas tu merecimiento?
Eugen. Falsedad conmigo, Clara?
Alonf. Ya en el portal hay estruendo,
oid.
Dent. D. Toribio. Vive aqui un señor tio,
que yo en esta Corte tengo,
con dos hijas por mas señas,
con quien à casarme vengo,
de dos la una, como apuesto?
Dent. Otañ. Esta es la casa. *Alonso.* Yo creo,
que es èl sin duda, llegad
conmigo al recibimiento.
Torib. Y està acà?
Otañ. En casa està. *Torib.* Pues
tèn esse estrivo, Lorenzo.
Sale Don Toribio con trage de camino ridiculo.
Eugen. Jesus, què rara figura!
Clara. Tù tienes razon, por cierto.
Eugen. Ay! que consintiò mi hermana
en murmuracion. *Alonf.* Contento,
sobrino, y señor, de vèr,
que haya concedido el Cielo
esta ventura à mi casa,
salgo alegre à conoceros
por mayor pariente de ella.
Torib. Pues bien poco haceis en esso,
que en el Valle de Toranzos,
desde tamañito, tengo
el ser cabeza mayor
à donde quiera que llego.
Alonf. Llegad, ved que vuestras primas
desean mucho conoceros,
y han salido à recibiros.
Torib. Razonables primas tengo.
Clara. Vos seais muy bien venido.
Torib. Tanto favor agradezco.
Alonf. Còmo venìs? *Torib.* Muy cansado,
que traigo un macho, os prometo,
de tan mal assiento, que
me ha hecho à mì de mal assiento.
Alonf. Mientras de comer os dàn,
sentaos. *Torib.* No serà mas bueno
el trocarlo, y que me dèn
de comer mientras me siento?
pero por no ser porfiado, *Sientase.*
que os senteis los tres os ruego,
que yo de qualquier manera
estoy bien. *Clara.* Lindo despejo.
Eugen. Esta es mi cabeza? *Clara.* Si.
Eugen. En aqueste instante creo,
cierto, que soy loca, pues
tan mala cabeza tengo.
Torib. Finalmente, primas mias,
como digo de mi cuento,
parece que sois hermosas,
aora que caigo en ello,
y tanto, que ya me pesa,

que seais à la par tan bellos
Angeles. *Las dos.* Por què?
Torib. Porque::-
mas expliqueme un exemplo.
Escriben los naturales,
que puesto un borrico en medio
de dos piensos de cevada,
se dexa morir primero,
que haga del uno eleccion,
por mas que los mire hambriento:
yo assi en medio de las dos,
que sois mis mejores piensos,
no sabiendo à qual llegue antes,
me quedarè de hambre muerto.
Alons. O sencillèz de mi patria, *ap.*
quànto de hallarte me huelgo!
Clara. Buen concepto, y cortesano.
Eugen. De borrico es por lo menos.
Torib. Mas remedio hay para todo:
no ha de traerse, à lo que entiendo,
tio, una dispensacion,
por razon del parentesco,
para la una? *Alons.* Claro està.
Torib. Pues traigan dos, que yo quiero
dar el dinero doblado;
y de essa suerte, en teniendo
para cada una la suya,
casarè con ambas. Pero
ha, si, que se me olvidaba:
còmo estais, saber deseo,
vos, y mis señoras primas?
Alons. Muy alegre, y muy contento
de vèr mi casa, y mis hijas,
y à vos, para que seais dueño
del fruto de mis trabajos.
Torib. Esso, y mucho mas merezco:
si vierais mi Executoria,
primas mias, os prometo,
que se os quitàran mil canas;
vestida de terciopelo
carmesì, y alli pintados
mis padres, y mis abuelos,
como unos Santicos de Horas:
en las alforjas la tengo,
esperad, irè por ella,
para que veais que no os miento.
Sale Mari Nuño, y assustase Don Toribio.
Mari. La comida està en la mesa.
Torib. Ay, señor tio, què es esto?
traxisteis este animal
de las Indias, que no creo,
que es hombre, ni muger, y habla?
Alons. Es Dueña.
Torib. Y es mansa? *Mari.* Ingenio
cerril tiene el primo. *Eugen.* No es,
sino tonto por extremo.
Alons. Còmo queda vuestro padre,
y su casa, saber quiero.
Torib. No me haga mal de hijodalgo
de Comedias, si me acuerdo.
Mari. La mesa està puesta. *Torib.* Y dònde
teneis la mesa? *Mari.* Allà dentro.
Torib. No sè si lo crea. *Mari.* Por què?
Torib. Porque la instruccion que tengo,
es, que no me crea de Dueñas;
pero yo lo verè presto,
perdonadme, que no soy
amigo de cumplimientos. *Vase.*
Clara. Lindo primo, por mi vida.
Mari. El no es galàn, pero es puerco.
Eugen. Las guardas de peste, còmo
entrar le dexaron dentro?
Alons. De què estais tristes las dos?
Las 2. Yo de nada. *Alons.* Ya os entiendo:
os havrà el estilo, y trage
desagradado; pues esto
es lo mas, y lo mejor
que teneis, vereis quan presto
le mejoran Corte, y trato.
Los mas vienen assi, y luego
son los mas agudos; mas
explicaros quan contento,
y alegre estoy, no es possible,
de vèr que buelva à mis nietos
la casa de mis mayores.
Don Toribio, vive el Cielo,
se ha de casar con la una,
sin pensar la otra por esso,
que no ha de casar con otro
como èl: porque no quiero,
que lo que à mì me ha costado
tanta fatiga, y anhelos,
me malbarate un mocito,
que gaste en medias de pelo
mas, que vale un mayorazgo.
Si viera por un sombrero
de castor dar veinte, ò treinta
reales de à ocho yo à mi yerno,
sa-

ſacados de mi ſudor,
perdiera mi entendimiento:
y aſsi, no hay que hablar, ſino
perſuadiros deſde luego,
que èſte, y otro como èſte
han de ſer eſpoſos vueſtros. *Vaſe.*

Clara. Primero pierda la vida.

Eugen. La vida no, mas primero
me quedarè ſin caſar,
que es mas encarecimiento.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Juan, Don Felix, y Hernando.

Felix. Còmo haveis, Don Juan, paſſado
la noche? *Juan.* Còmo pudiera,
Don Felix, en vueſtra caſa
ſino muy bien, pueſto que ella
de mi triſteza no tiene
la culpa? *Felix.* Pues què triſteza
es la que aora os aflige?

Juan. No sè como aora os la encarezca:
deſde el inſtante que vì
eſſa divina belleza,
que aun en mi memoria vive,
à peſar de tanta auſencia,
todas aquellas cenizas,
que entre olvidadas paveſas,
aun no juzguè que eran humo,
llama han ſido, de manera,
que conocì, que han eſtado
en ocioſo fuego embueltas;
tibias, pero no apagadas,
calladas, pero no muertas,
no bolvì à verla ayer tarde,
porque no bolviò à la reja:
y aſsi, oy con la eſperanza
de que, ſiendo dia de fieſta,
no dexarà de ſalir,
he madrugado por verla:
à la puerta de la calle
voy à eſperar, que amanezca
ſegundo ſol para mì;
vos haced, por vida vueſtra,
pueſto que no importa al caſo,
que nada Don Pedro entienda. *Vaſe.*

Felix. Havrà hombre tan necio, como
el que hallar memorias pienſa
en una muger, al cabo
de tantos años de auſencia?

Hern. Dexale, que con ſu engaño
viva. *Felix.* Un Corteſano, que era,
decia, el engaño la coſa
que mas, y que menos cueſta.
Veamos eſtotro doliente
en què eſtado eſtà, ya que eſta
caſa, de locos de amor
ſe ha buelto convalecencia.

Sale Don Pedro.

Què hay, Don Pedro? buenos dias.

Pedro. Fuerza ſerà que lo ſean,
recibiendolos de vos,
y en vueſtra caſa, por vueſtra,
y por la dicha de eſtàr
mis eſperanzas tan cerca.
No creereis quanto gozoſo,
y ufano eſtoy de que ſea
vueſtra vecina eſta Dama;
pues con eſſo, coſa es cierta,
que para verla, Don Felix,
dos mil ocaſiones tenga:
y por no perder ninguna,
voy à eſperarla à la puerta,
pues ſin duda, que oy à Miſſa
havrà de ſalir por fuerza.

Felix. En ella Don Juan aguarda.

Pedro. Aſsi ſe harà la deshecha
mejor, paſſeandonos todos:
vos, aunque llevaros quiera
à otra parte, no vais; pero
de ſuerte, que nada entienda.

Sale Don Juan.

Felix. Què haceis, Don Juan?

Juan. Eſperaros,
para ſaber à què Igleſia
quereis que vamos à Miſſa.
De aqui no hagamos auſencia. *Al oìdo.*

Pedro. Lo miſmo le decia yo,
vamos à donde os parezca.
No os vais, Don Felix, de aqui. *Al oìdo.*

Felix. De eſta ſuerte facil fuera *ap.*
ſervir un hombre à dos amos,
mandando una coſa meſma.
Vueſſarcedes, Cavalleros
muy enamorados, pienſan,
que no hay mas, que irſe, y llevarme
cada qual à ſu querencia?

pues

pues no, vive Dios, que oy
se han de estàr donde yo quiera,
que quiero yo enamorar
tambien un dia en conversa;
y asi, hasta que mis vecinas
salgan, y vamos tràs ellas,
para vèr la que me toca
festejar, pues cosa es cierta,
que yo la que quiero mas,
es la que tengo mas cerca,
no se ha de ir de aqui ninguno.
Pedro. Por mì sea norabuena.
Juan. Por mì tambien. *Pedro.* Lindamente
haveis hecho la deshecha
con D. Juan. *Juan.* Bien con D. Pedro
desmentido haveis mis penas.
Felix. Mas lo hago por saber *ap.*
si es que es la Dama una mesma,
y si es la que de las dos::-
mas no prosiga mi lengua,
que es tarde, para que à mì
beldad alguna me venza.
Juan. Pues ya que quereis, Don Felix,
que os asistamos, no sea
tan de valde, que no os cueste
el pagarnos una deuda,
que nos debeis. *Pedro.* Es verdad,
y es famosa ocasion esta,
pues solo para hacer hora
son las relaciones buenas.
Felix. Yo me huelgo, pues asi
hablarè un rato siquiera,
sin que à la mano me vayan
con amor, zelos, y ausencia.
Con el general contento,
Madrid, digno à su fineza,
à su lealtad, y su amor,
oyò las felices nuevas
de las bodas de su Rey;
y mas, quando supo que era
la divina Mariana::-
Juan. Tened, que dexar es fuerza
otra vez la relacion
para otra ocasion suspensa.
Felix. Por què? *Juan.* Porque sale gente.
Felix. Quànto và, que se me queda
la relacion en el cuerpo,
y vienen otros à hacerla?
Pedro. Un criado es el que sale,
que à su amo, sin duda, espera.
Juan. Bien podeis ya proseguir.
Felix. Digo, que en gozosa muestra
del alegria de todos,
pues todos juntos quisieran
significar los afectos
en regocijos, y fiestas;
y aunque, como vos dixisteis,
caminan con su pereza
las dichas, y no es el gusto
correo à toda diligencia:
con todo esso, llegò el dia
de saberse, que en Viena
el Rey desposado estaba,
remitiendole à que exerza
sus poderes Ferdinando,
Rey de Ungria, y de Bohemia,
Ferdinando, inclito joven,
en quien la sacra Diadema
de Rey de Romanos, presto
harà la eleccion herencia.
El, pues, no del poder solo
usò, mas de la fineza,
con que sirviendo à su hermana,
hizo de la Corte ausencia.
Dexemos en el camino
las dos Magestades, que esta
no es la accion, que à mì me toca,
ya que vos, con la agudeza
de vuestro ingenio, dixisteis
el aparato, y grandeza:
y vamos à que Madrid
desvelada, fiel, y atenta
al servicio de sus Reyes,
que es de lo que mas se precia,
en tanto, que prevenia
la usada lid de sus fiestas,
combidò la mas ilustre
de la Española Nobleza,
para una mascara, haciendo,
ò acaso fue, ò diligencia
à proposito de bodas,
ceremoniosa la fiesta:
porque si à la antiguedad
rebolveis humanas letras,
hallareis como en las nupcias
aun menos ilustres, que estas,
con antorchas en las manos
corrian tropas diversas,

à

à quien llamaban preludios,
invocando la ſuprema
Deidad del ſacro Himenèo,
à cuyas aras las teas
ſacrificaban, cantando
Epitalamios, en prendas
de que aquellos caſamientos
favorable à aſsiſtir venga.
Y aſsi, de la antiguedad
tomando Madrid aquella
parte feſtiva, y dexando
la gentilica depueſta,
usò el regocijo ſolo,
mejorando iluſtre, y cuerda
el rito; pues que fue dando
al Cielo gracias inmenſas
de ſus dichas, cuyas voces
variamente liſongeras,
fueron el Epitalamio,
que Eſpaña cantò contenta
en Muſica, que es confuſa,
mas dulce, ſino mas dieſtra.
En toda mi vida vì
tan hermoſa tropa bella,
como la maſcara junta,
quando al compàs de trompetas,
clarines, y chirimias,
empezaron à moverla
los dos Polos, que de Eſpaña,
y de Alemania ſuſtentan
la Politica; bien como
dando generoſas mueſtras
de que Alemania, y Eſpaña
por todo el tiempo intereſſan,
una en que tal prenda dà,
y otra en que admite tal prenda.
Bien quiſiera yo pintarlos,
pero aunque mas lo pretenda,
no es poſsible, ſino es
que la retorica quiera
en ſus figuras preſtarme
el uſo de ſus licencias,
cometiendo una que llaman
tropo de proſopopeya,
que es quando lo no poſsible,
baxo objeto de la idèa,
ò callando ſe imagina,
ò hablando ſe repreſenta.
Porque ſino es que finjais
allà en la fantaſia vueſtra
baxar de purpura un monte,
arder de plata una ſelva,
y de ſelva, y monte luego
formais un monſtruo, que à fuerza
de nuevo metamorfoſis,
todo en fuego ſe convierta;
no podreis imaginar
còmo aquel peñaſco era
de luz, y nacar, y plata,
en cuya abraſada ſelva,
fueron las plumas las flores,
y las hachas las eſtrellas.
Tan iguales todos juntos,
y cada uno, que no huviera
pareja, que poder darle,
ſi ellos miſmos no ſe huvieran
antes convenido à ſer
ellos miſmos ſus parejas.
Quando del un pueſto al otro
corrian las tropas, eran
diſſueltas exhalaciones,
y deſatados cometas.
Tan hermoſa fue la noche,
que el dia entre pardas nieblas
ſucediò por muchos dias,
la faz de nubes cubierta,
llorando lo que llovia,
ò de embidia, ò de verguenza.
Hâſta que deſempeñada
viò ſu luz con la belleza
del dia que viò la Plaza
para los Toros diſpueſta;
porque aunque ſu hermoſo circo
ſiempre ha ſido heroica afrenta
de quantos Anfiteatros
Roma en ruìna nos acuerda;
nunca con mas cauſa, pues
nunca ſe viò ſu grandeza,
à fuer de Dama, ni mas
deſpejada, ni mas bella:
pues què quando viò que à tropas
ocupaban la paleſtra
de los lucidos criados
las adoradas catervas,
como à ſu triunfo traxeron
los grandes Heroes, que en ella
la ſuerte han hecho preciſa,
por quien ya el acaſo dexa
de

de ser acaso, pues ya
no viene à ser sino fuerza
el que ha sacado al acierto
del nombre de contingencia.
A ninguno he de nombraros,
y es justo, que no quisiera,
que haviendo ya tantas plumas
pintado à sus excelencias,
los deslucieffen aora
cortedades de mi lengua.
Solo os dirè, que no huvo
bruto, que armada la testa,
la piel manchada, arrugado
el ceño, hendida la huella,
dilatado el cuello, el pecho
corto, la cerviz inhiesta,
de una vez escriba osados
caractères en la arena,
como quien dice, esta es,
ò vuestra huessa, ò mi huessa,
que no fuesse triunfo facil
del primor, y la destreza,
de que el mas hidalgo bruto,
sobervio con la obediencia,
docil con la lozanìa,
sus amenazas desprecia
al tacto del acicate,
ò al aviso de la rienda:
pues ya el asta, y ya la espada,
en ambas acciones diestra,
airosamente mezclaban
la hermosura, y la fiereza.
Feliz acabò la tarde,
quedando Madrid contenta
con ella, y con la esperanza
de que sus dichas se acercan;
y asi, solo en prevenciones
desde entonces se desvela,
porque siendo, como es
la Corte el centro, y la esfera,
que ha de merecer lograrla
mas suya, desaire fuera,
haviendo de passo tantas
Ciudades hechola fiestas,
exceder ella en las dichas,
y las otras en finezas:
y mas estando à su aplauso
las Naciones Estrangeras,
ù de embidiosas pendientes,
ù de curiosas atentas.
Y asi la prolixidad
de las horas de la ausencia
gastò solo en disponer
aparatos, que aora es fuerza,
que yo remita à mejor
pluma, que nos los refiera,
diciendo aora solamente,
que la señora Condesa
de Medellin, de Cardona
ilustre familia excelsa,
à Denia fue à recibirla
como Mayor Camarera,
à donde esperò hasta el dia
de la deseada nueva
de que ya su Magestad
(que Dios guarde) estaba en Denia:
aqui el señor Almirante,
à darla la enhorabuena
de parte del Rey saliò,
y aunque saliò à la ligera,
fue con aquel lucimiento
digno, à ser quien es, que fuera
en su Excelencia muy tibia
la disculpa de la priessa.
De deudos, criados, y amigos
fue el sequito de manera,
que, à no hacer particular
eleccion, pienso que fuera
dexar sin gente à Castilla,
que de un Almirante de ella,
quièn de ser deudo, ò amigo,
ò criado se reserva?
O felice Casa, à donde
entre todas tus grandezas,
el afecto es patrimonio,
y lo bien visto es herencia!
En este intermedio, pues,
hizo Madrid diligencias
mas efectivas, en orden
à que todo se prevenga
con magestad, y aparato,
para la entrada à la Reyna,
asistida dignamente
del que tio la festeja,
del que esposo la merece,
del que amante la celebra;
poniendo à sus pies dos Mundos,
pues como Quarto Planeta,
quan-

quanto ilumina, la postra,
quanto dora, la sujeta,
coronandola tres veces,
esposa, sobrina, y Reyna.
Con que hasta el felice dia,
que nuestros ojos la vean
entrar triunfante en su Corte,
mi relacion se suspenda,
divertida en la esperanza
de que generosa venga
à ser fin de nuestras ansias,
termino de nuestras penas,
logro de nuestros deseos;
y à par de las dichas nuestras,
con felice succesion
nos viva edades eternas.
Juan. La relacion con el tiempo
se ha medido de manera,
que acabarla, y salir gente,
ha sido una cosa mesma.
Pedro. Sì, mas no la que esperamos.
Felix. No, porque es el padre de ellas.
Juan. No le conocì hasta aora, *ap.*
que en mi tiempo estaba fuera.
Pedro. Nunca hasta aora le vì, *ap.*
que yo siempre amè en su ausencia.
Juan. Quièn es el que con èl viene?
Hern. Yo podrè dar essa cuenta:
es un sobrino Asturiano,
con quien el padre desea
casar una de las dos.
Salen Don Alonso, y Don Toribio.
Juan. Quiera el Cielo, que no sea *ap.*
la novia la que yo adoro.
Pedro. Plegue à Dios, que no sea Eugenia,
Felix. Passeemonos. *Torib.* Como digo,
què hacen, tio, à nuestra puerta
estos mocitos? *Alons.* No estàn
en la calle? què os altera?
Torib. En la calle de mis primas,
sin mas, ni mas se passean?
Alons. Pues por què no? *Torib.* Porque no
me ha de haver passeante en ella,
ni piante, ni mamante;
y mas estos de melena,
que Filenos de golilla,
de candil, y vigotera,
andan cerrados de sienes,
y transparentes de piernas.
Alons. Què hemos de hacer, si son
vecinos? *Torib.* Que no lo sean.
Alons. Còmo si tienen aqui
sus casas? *Torib.* Que no las tengan.
Felix. Fuerza es hablarle: yo llego.
Juan. Pues buena ocasion es esta.
Felix. Dadme, señor Don Alonso,
aunque de passo, licencia
para besaros la mano,
y daros la enhorabuena
de haver al barrio venido,
que aunque escusarlo debiera
hasta estàr en vuestra casa,
y visitaros en ella,
el alborozo de vèr,
que tan buen vecino tenga,
dilatar no me permite,
que à su servicio me ofrezca.
Juan, y Pedro. Todos lo mismo decimos.
Torib. Què ceremonia tan necia! *ap.*
Alons. Guardeos Dios, por la merced
que me haceis, que si supiera
la dicha de mereceros
tantos favores, huviera
cumplido mi obligacion,
visitandoos en la vuestra.
Conoced à mi sobrino,
que quiero que desde oy sea
vuestro servidor. *Torib.* Yo havia
de ser alhaja tan puerca?
Alons. Esta es accion cortesana.
Torib. Mas me huele à Corte enferma.
Alons. Llegad, Don Toribio, ved,
que estos señores esperan
conoceros. *Juan.* En nosotros
tendreis à vuestra obediencia
oy amigos, y criados.
Torib. Guardeos Dios, por la fineza.
Felix. Venìs con salud? *Torib.* Al Cielo
gracias, ni mala, ni buena,
sino assi assi, entreverada,
como lonja de la pierna.
Alons. Mas de espacio besarè
vuestras manos: dad licencia.
Felix. Vos la teneis. *Alons.* Don Toribio,
venid. *Torib.* Aqui te los dexas?
Alons. Què he de hacer?
Torib. Yo lo sè. *Alons.* A dònde
vais? *Torib* A dar à casa buelta.

Alonſ. A què? *Torib.* A decir à mis primas,
que en todo oy no ſalgan fuera.
Alonſ. Han de quedarſe ſin Miſſa?
Torib. Que dificultad es eſſa?
mi Executoria les baſta
para ſer Chriſtianas viejas.
Alonſ. Jeſus, y què diſparate!
venid, venid, no lo entiendan
eſtos hidalgos. *Torib.* Por Dios,
que ſi por mi voto fuera,
no havian de ſalir de caſa,
quiſieran, ò no quiſieran. *Vanſe.*
Felix. No sè còmo fue poſsible::-
Juan. Què? *Felix.* Que la riſa detenga,
viendo al primo. *Pedro.* Què figura
tan rara! *Juan.* Eſtraña preſencia
de novio! *Hern.* Ya las dos ſalen.
Salen Doña Clara, y Doña Eugenia con mantos, Otañez delante, Brigida, y Mari Nuño detràs.
Felix. Deſde aqui podremos verlas
como acaſo. *Clara.* Echate el manto,
que hay gente en la calle, Eugenia.
Eugen. Què he hecho yo, para no andar
con la cara deſcubierta?
Otañ. Tomad, luego la faltàra
à la hermanica reſpueſta.
Mari. Callad, que no os toca à vos
hablar en eſtas materias.
Brig. Ni à vos en eſtas, ni eſſotras,
y hablais en eſſotras, y eſtas.
Felix. Paſſemos aora al deſcuido.
Juan. O permita Amor, que en ella,
al verme, eſtèn ſus memorias, *ap.*
ya que no vivas, no muertas.
Pedro. O plegue à Dios, que ſe obligue
de vèr que he venido à verla. *ap.*
Clara. Advierte, que llega gente.
Eugen. Y bien, la gente que llega,
què ſe lleva por llevarſe *Saca un lienzo.*
àzia allà eſta reverencia?
Mas, Cielos, què es lo que miro! *ap.*
Don Juan es, ya de ſu auſencia
debiò de ceſſar la cauſa,
y no es mi duda ſola eſta,
ſino eſtàr con èl Don Pedro:
aqueſta es la vez primera,
que ha ſido por ignorancia
amiga la competencia.
Felix. Qual es de las dos, Don Juan,
la que tanto amor os cueſta?
Juan. La del pañuelo en la mano:
no bolvais tan preſto à verla,
no advierta, que de ella hablamos:
y porque tampoco advierta
Don Pedro mi turbacion,
voy à eſperarla à la Igleſia:
quedaos vos con èl. *Vaſe.*
Felix. Sì harè.
Don Pedro, quàl es de aquellas?
Pedro. La que en la mano un pañuelo,
deſcubierta và, es Eugenia:
no bolvais tan preſto, no
conozca que hablamos de ella:
quedaos, que porque no dè
mi amor à Don Juan ſoſpecha,
tràs èl voy. *Vaſe.*
Felix. Ya sè, à lo menos,
que la Dama es una meſma.
Clara. Sin pañuelo me he venido,
el tuyo, hermana, me preſta,
que ir tapada me congoja.
Dale Doña Clara el pañuelo, y deſtapaſe.
Eugen. A mì el venir deſcubierta,
pues por ſi fue encuentro acaſo,
que me hayan viſto me peſa. *Tapaſe.*
Felix. Ya puedo vèr, pues que tengo
nombre, ſeña, y contraſeña,
quàl es la Dama que adoran.
Clara. No à mirar el roſtro buelvas.
Eugen. Jeſus, y què condicion!
laſtima es, que no ſeas ſuegra,
ſegun te pudres de todo. *Vanſe.*
Felix. O quanto he ſentido verla!
que aunque eſtoy con el cuidado
de que aqueſta competencia,
el dia que ſe declare,
ha de parar en pendencia;
ſiendo la Dama una miſma,
ya para mì ſe acrecienta,
vèr, que de las dos ha ſido,
aunque entrambas ſon tan bellas,
la que me lo pareciò
mas, quando la vez primera
vì à las dos en la ventana;
pero eſto aora no es de eſſencia,
que yo acabarè conmigo,
que mi honor à mi amor venza,
ſino

ſino acudir à eſtorvar,
que a deſengañarſe vengan,
en tanto, que yo à la mira
diſcurro de què manera
entre dos amigos, que hacen
de mì confianza, deba
prevenir el lance, haciendo
à ſu eſtorvo diligencia. *Vaſe.*

Salen Don Toribio, y Don Alonſo.

Alonſ. A què bolveis aqui? *Torib.* A què
he de bolver, peſe à mì,
ſino à eſcombrarlos, ſi aqui
eſtàn los que aqui dexè?
Alonſ. Pues què os và en eſſo?
Torib. Què mas
quereis que à un hidalgo vaya,
que vèr que holgazanes haya,
à donde hay primas? *Alonſ.* Jamàs
tan necia locura vì:
en Madrid quièn reparò
ſi hay gente en la calle? *Torib.* Yo.
Alonſ. Y vos por què? *Torib.* Porque ſi.
Alonſ. Aun bien, que ſe han auſentado,
y ya nadie aqui ſe vè.
Torib. Acertaronlo, porque
venia determinado.
Alonſ. Pues què era vueſtra intencion?
Torib. Solo vèr ſi la anchicorta,
como en caperuzas, corta
en ſombreros de caſtron.
Alonſ. Vos què teneis que temer,
para llegar à eſſe extremo?
Torib. Mucho tengo, y nada temo,
que deſde que lleguè à vèr
de mis primas los dos cielos,
ſi verdad digo, ſeñor,
tengo à Eugenia tanto amor,
que aun los hombres me dàn zelos.
Alonſ. Aunque eſſas coſas me dàn
enfados, he agradecido,
que os entreis à ſer marido,
por las puertas de galàn:
pero ha de ſer con cordura,
que zelos no ha de tener
un hombre de ſu muger.
Torib. Pues de quàl, de la del Cura?
Alonſ. Dexad delirios, por Dios,
y baſte ſaber de mì,
ſi es Eugenia la que aqui
os agrada de las dos,
que Eugenia vueſtra ſerà:
que es lo que yo deſeaba. *ap.*
Torib. Con eſſo el rencor ſe acaba,
que el verlos aqui me dà
à nueſtra calle bolver
en tanta converſacion.
Alonſ. Pues yo la diſpenſacion
harè al inſtante traer:
venid aora, que quiero
ganar las albricias yo
de ſer la que prefiriò
vueſtro amor. *Torib.* Oid pri mero:
la diſpenſacion, ſeñor,
de Roma no ha de venir?
Alonſ. Por ella à Roma ſe ha de ir.
Torib. Pues ſiendo aſsi, no es mejor
abreviarlo de otro modo?
Alonſ. Què modo? *Torib.* Uno que yo sè.
Alonſ. Què es? *Torib.* Deſpoſarnos, y que
vamos à Roma por todo. *Vanſe.*

Salen Don Felix, y Don Juan.

Felix. Yo eſtimo la confianza.
Juan. Pues haviendo reparado,
que al verme el color mudado,
hizo ſu roſtro mudanza,
que no la hizo, ſoſpecho,
ſu amor, y que eſtà conſtante,
porque es el roſtro bolante
del relox que anda en el pecho.
Y aſsi, pues que ſolo ha ſido
mi dicha el haver llegado
donde de vos amparado
ſea amor tan bien nacido;
lo que haveis de hacer por mì,
pueſto que entablada ya
la amiſtad del padre eſtà,
es proſeguir deſde aqui.
De ſuerte, que con entrar
vos en ſu caſa, me dè
ocaſion Amor, en que
pueda eſcribir, vèr, y hablar.
Felix. En buen empeño de amor *ap.*
eſtoy, pues en lance igual,
ſi à un amigo ſoy leal,
ſoy à otro amigo traidor.
Juan. No me reſpondeis? *Felix.* No sè
que os diga, Don Juan, pues no
ſoy hombre tan baxo yo,

que ocasion procurarè
con nadie para engañarle.
Juan. Quàl es mi amigo mayor?
Sale Don Pedro.
Pedro. Don Felix, si de mi amor::-
Felix. Que prosiga he de estorvarle. *ap.*
A buen tiempo haveis venido,
y luego proseguireis
lo que decirme quereis,
que quiero, que prevenido
de una porfia en que estamos,
seais Juez. Assi, vive Dios, *ap.*
tengo de hablar con los dos.
Pedro. El argumento esperamos.
Felix. Si un grande amigo os pidiera,
que travasseis amistad
con hombres de calidad,
para que fuesse tercera
en su casa de su amor,
hicieraislo vos? *Pedro.* Yo si.
Felix. Yo no. *Pedro.* Por què?
Felix. Porque en mì
fuera escrupulo traidor;
pues el dia que llegàra
de traicion à que otro fuera
mi amigo, preciso era,
lo logràra, ò no logràra.
Si no lo logràra, en què
à mi amigo le servia?
y si lo logràra, hacia
una gran ruindad; porque
el que, engañado de mì,
se daba ya por mi amigo,
ya lo era, y yo su enemigo,
es cierto; pues siendo assi,
còmo es possible que yo
sea enemigo del que ya
por mi amigo se me dà?
luego si en no serlo no
es nada lo que consigo,
y en serlo consigo ser
su amigo, còmo he de hacer
yo traicion al que es mi amigo?
Pedro. Siendo essa vuestra opinion,
ya no os tengo que decir. *Vase.*
Juan. Yo tampoco, y havrè de ir
à buscar otra ocasion. *Vase.*
Felix. Havrà desdicha mayor?
que no me baste el amar,
para saberme librar
de impertinencias de amor?
Què harè entre uno, y otro amigo,
que cada uno en su esperanza
hace de mì confianza?
pues nada enmendar consigo,
viendo tan cerca à los dos
de la Dama, què podrè
de mi parte hacer? no sè
que haya medio, vive Dios,
si ya no es que à vèr alcance
que las Damas solas son
las que en qualquiera ocasion
hacen bueno, ò malo el lance.
Mas còmo podrè atrevido
hablar en materia tal
à una muger principal,
ni darme por entendido?
Cara à cara he de saber,
si à los dos quiso, ò no quiso;
pero hasta dar el aviso,
un papel lo podrà hacer,
que à su opinion no se atreve
quien por salvar su opinion,
la advierte de una ocasion:
Aora falta quien le lleve;
pero ha de faltarme modo,
sin que lo llegue à fiar
de otro, de poderle dar?
Aora bien, salir à todo
me toca, haciendo testigos
los Cielos, que aventurar
yo un empeño, es por sacar
de otro empeño à dos amigos. *Vase.*
Salen Doña Clara, Doña Eugenia, Brigida, y Mari Nuño.
Clara. Tèn, Mari Nuño, este manto:
ò quièn en casa tuviera
Capellan, para no ir fuera,
y mas à concurso tanto.
Eugen. Mucho me holgàra venir
aora de buen humor,
para poder con mejor
titulo, que tù, decir:
quièn la Parroquia tuviera
diez leguas, para tener
mas que andar, y mas que vèr.
Mari. Atengome à la primera.
Brig. Yo à la segunda. *Mari.* Por què?

Brig.

Brig. Porque no he visto en mi vida
escrupulosa aturdida,
que al primer lance no dè
de ojos. *Vanse las dos.*

Salen Don Alonso, y Don Toribio.

Alons. En tu quarto espera,
que yo la llegarè à hablar.

Torib. Sì harè: desde aqui escuchar
lo que responde quisiera.

Quedase Don Toribio al paño.

Alons. Saber que à Eugenia eligiò,
ha sido ventura estraña;
llevesela à la montaña,
porque lo menos que yo
en la Corte he menester,
es una hija discreta,
Retorica, ni Poeta,
y no de mal parecer.
Eugenia, yo vengo à hablarte,
no tienes, Clara, que irte,
que albricias he de pedirte
del pesame que he de darte.

Eugen. Albricias à mì, señor?

Clara. Pesame, señor, à mì?

Alons. Pesame, y albricias, si.

Las 2. De què? *Alons.* Efectos son de amor:
Don Toribio enamorado
me ha dicho quanto desea,
que Eugenia su muger sea;
y aunque ponerte en estado
à tì, por ser la mayor,
primera obligacion era,
èl elige de manera,
que del gozo, y del dolor,
pesame tuyo à ser passa,
oy tu parabien, por vèr
que pierdes, y ganas ser
la cabeza de tu casa.

Clara. Aunque pèrdida es penosa,
yo estimo, que el bien possea
Eugenia, para que sea
mi hermana la venturosa,
feriando el pesar à precio
del parabien que la doy:
gocesle mil años. Oy *ap.*
solo hizo gusto el desprecio. *Vase.*

Torib. Què triste và de perderme
la escudera de su hermana!
veamos ella què ufana
responde de merecerme.

Eugen. Esto solo me faltaba *ap.*
de añadir (confusa estoy!)
à las novedades de oy.

Alons. Què me respondes? acaba
de dudar. *Eugen.* Que agradecida
una, y mil veces, señor,
rindo por tanto favor
à tu obediencia mi vida:
que aunque no me toca à mì
elegir, pues no he de hacer
nunca mas, que obedecer,
harè mal, si viendo en tì
gusto, en mi primo amor fiel,
no respondo agradecida.
Mal haya mi alma, y mi vida, *ap.*
si me casàre con èl.

Alons. No en vano esperaba yo
de tu mucho entendimiento,
Eugenia, esse rendimiento.

Torib. Yo tambien. *Alons.* El esperò
en su quarto, y ganar quiero
con èl las gracias tambien. *Vase.*

Torib. Que à mì las gracias me dèn
serà mas razon. *Eugen.* Oy muero,
pues tràs mis penas, he sido
objeto de un ignorante.

Torib. Què airoso sale un amante
quando està favorecido! *Sale.*
Sea muy enhorabuena
el ser, prima, tan dichosa,
que merezcais ser mi esposa.

Eugen. Esto faltaba à mi pena.

Buelve Doña Eugenia la espalda.

Torib. Por què adorandome::-

Eugen. Ay Dios!

Torib. Me desadorais? *Eugen.* Porque
si antes con mi padre hablè,
aora he de hablar con vos.
Señor Don Toribio, yo,
por no responder aqui
resuelta à mi padre, dì
una palabra, que no
he de cumplir, si supiera
perder mil veces, rendida
à sus enojos, la vida.
Y siendo de esta manera,
que no he de casar con vos,
de la eleccion desistid,

que

que haveis hecho, y advertid,
que estamos solos los dos:
y si de lo que aqui os digo,
algo à mi padre decìs,
he de decir, que mentìs.
Torib. Còmo se habla esso conmigo,
escudera de mi casa,
ingrata, desconocida,
falsa, aleve, y fementida?
Eugen. No deis voces, que esto passa
entre los dos, y no es, no,
para que salga de aqui.
Torib. Vos no sois mi prima? *Eugen.* Si.
Torib. No soy vuestro esposo? *Eugen.* No.
Torib. Decidme, no soy galante?
Eugen. No lo dudo. *Torib.* Y entendido?
Eugen. Pues no? *Torib.* Hidalgo?
Eugen. Cierto ha sido.
Torib. Airoso?
Eugen. Mucho. *Torib.* Y amante?
Eugen. Tambien.
Torib. Pues de mis cuidados
en què estrivan mis desvelos?
Eugen. Preguntadselo à los Cielos,
à los Astros, y à los hados,
que no inclinan mi alvedrìo.
Torib. Pues en algo està el busilis.
Eugen. En que vos no teneis filis,
para ser esposo mio. *Vase.*
Torib. Còmo què filis no tengo?
tal à un hombre se le dice,
que tiene un solar, con mas
de tantissimos de filis,
que no hay otra cosa en èl,
por do quiera que se mire,
sino filis como borra?
Que aunque yo què es no adivine,
bien lo puedo assegurar,
pues siendo algo que sea insigne,
es preciso que no dexe
de estàr allà entre mis timbres.
A mì, que filis no tengo?
esto los Cielos permiten?
esto consienten los hados?
prima, ved lo que dixisteis,
mas filis tengo, que vos.
Sale Don Alonso.
Alons. A dònde, sobrino, os fuisteis?
quando os busco para daros
mil norabuenas felices
de que vuestra prima ya
agradecida, y humilde,
sabiendo vuestra eleccion,
no hay cosa que mas estime.
Torib. Mi prima, si es que es mi prima,
es una muger terrible,
con todos sus aderezos
de sirena, aspid, y esfinge:
aqui me ha dicho una cosa,
que no pudiera decirse
à un Barquillero Asturiano
de los de quite, y desquite.
Alons. A vos? *Torib.* En toda esta cara.
Alons. Fuerza serà que me admire:
què fue? *Torib.* Que filis no tengo;
y para que se averigue
si los hombres como yo
tienen, ò no tienen filis,
por no obligarme à retarla
en estrangeros Paìses,
haced que me compren luego
quantos filis sean vendibles,
y cuesten lo que costaren.
Alons. Essa es locura terrible.
Torib. Tan caros son? pues no importa:
donde se venden, decidme,
ò yo lo preguntarè,
que bolver no se permite
à su vista, hasta bolver
todo cargado de filis. *Vase.*
Alons. Ay delirio semejante!
sobrino, escuchad, oidme.
Salen Doña Clara, y Doña Eugenia.
Clara. Què es esto? con quièn dàs voces?
Eugen. Con quièn te enojas, y riñes?
Alons. Contigo, ingrata. *Eugen.* Conmigo,
el dia que mas humilde
solo trato obedecerte?
Alons. Vèn acà, què le dixiste
à tu primo, que enojado
no hay quien con èl se averigue?
Eugen. Yo a mi primo? en todo oy
ni le hablè, ni vì. *Alons.* Què dices?
Eugen. Lo que es cierto. *Alons.* Vive Dios,
si dissimulada finges,
y es verdad que le has hablado
bachilleramente libre,
que te he de hacer::- tràs èl voy,
por

por si puedo reducirle
à que no ande preguntando
à donde se venden filis. *Vase.*
Eugen Yo à mi primo, què pudiera,
que fuesse ofensa, decirle?
Clara. No te disculpes conmigo,
pues sè, aunque no lleguè à oirte,
que perderàs tu remedio,
solo por decir un chiste.
Eugen. Aunque esso de mì remedio
con falsedad me lo dices,
lo oigo yo como lisonja,
viendo, que hasta un tonto, un simple
aun el alma, que no tiene,
à mi vanidad la rinde.
Clara. Què quieres decirme en esso?
que nadie hay que à mì se incline,
neciamente imaginando
que à meritos me compites?
pues no es, sino que no hay nadie
que sin respeto me mire,
porque sè yo hacer que todos
de otra manera me estimen,
que à tì, siendo solamente
lo que à las dos nos distingue,
el verte à tì no sè como,
pero à mì como à impossible.
Eugen. Ay que no es esto. *Clara.* Pues què?
Eugen. Obligaràsme à decirte
lo que à mi primo.
Clara. Què es? *Eugen.* Que
tampoco tù tienes filis. *Vase.*
Clara. No lo diràs, porque yo
à responder no me obligue,
que quando::- pero què miro?
quièn hay que esta quadra pise,
para estorvar el que lleguen
mis enojos à sus fines? *Sale D. Felix.*
A quièn buscais, Cavallero?
Felix. Ay amistad! pues que vine *ap.*
à hacer por tì una fineza,
no à una infamia me inclines;
pues vì hermosura, à quien mal
mi libertad se resiste!
Viendo à vuestro primo ir fuera,
à quien vuestro padre sigue,
me atrevì à llegar à hablaros.
Clara. A mì? *Felix.* A vos.
Clara. Hombre, què dices?
à mi a hablarme? *Felix.* Si señora,
porque sè que en esto os sirve
mi deseo, y no os ofende.
Clara. Plegue à Dios, que no me obligue
una necia à que me huelgue
de que::- pero no es possible.
Al paño Eugenia.
Eugen. Con quièn hablarà mi hermana?
desde aqui es bien que lo mire.
Clara. A mì, dexadme dudarlo
mil veces (mal reprimirme
puedo) me buscais? *Felix.* A vos.
Clara. Pues antes que oseis decirme::-
Eugen. O si fuera algo de aquello
de possible, y de impossible.
Clara. Quien sois, y què me quereis,
que os vais, es bien que os suplique,
sin decirlo, que à mì nada
hay que à buscarme os obligue.
Felix. Sin deciroslo, me irè,
si en esso mi pecho os sirve,
mas no sin que lo sepais,
que en este papel se escribe,
para que con esto llegue
à saberse, sin decirse.
Eugen. O si tomàra el papel,
porque huviera que decirle.
Felix. Tomad, y à Dios. *Clara.* Yo papel?
Felix. Y porque verle os anime,
solo os dirè, que el honor
vuestro en leerle consiste,
que Don Pedro, y que Don Juan
no arriesguen, y precipiten,
no digo su vida, que esse
es peligro muy humilde,
sino vuestro honor, que fuera
pèrdida mas infelice.
Eugen. Si toma el papel, soy muerta.
Clara. Hombre, mira lo que dices,
ni à tì, à Don Juan, ni à Don Pedro
conozco yo. *Eugen.* Ay de mì triste!
que todo esto sobre mì
viene, si el papel recibe,
mas por engaño la habla.
Clara. Que sola una vez que quise *ap.*
yo no ser yo, no he podido!
Què aguardas, pues, para irte?
Felix. Ya què tan desentendido
vuestro decoro porfie,

y agradecer no pretenda
la fineza de que os dixe
mi empeño, y el de los dos;
ya que lo que debo hice
à amigo, y à Cavallero,
me irè: à Dios.

Clara. No os vais, oidme:
sin duda, que aqui hay engaño, *ap.*
y assi es bien que le averigue.
Con quièn presumìs que hablais,
porque la fineza estime?

Felix. No sois Doña Eugenia? *Clara.* Si.

Eugen. Ay muger mas infelice!

Clara. Dadme aora el papel, y à Dios.

Eugen. Que le dexe, es bien que evite,
baraxando el lance. Hermana? *Sale.*

Clara. Què tienes? de què te afliges?

Eugen. Mi padre, y mi primo vienen,
y porque tù no peligres,
vengo à avisarte, que yo
ya tù vès quanto estoy libre,
mira lo que hemos de hacer.

Felix. Quièn viò empeño tan terrible?

Clar. Què se ha de hacer, sino que entren,
y que todo se averigue?
para que no quedes vana
tù de que por mì lo hiciste:
padre, señor? primo? Otañez?

Eugen. Si fuera cierto el venite,
muy buen lance huviera echado.

Clara. No hay nadie que pueda oirme?

Dentro D. Alonso. Voces dà Clara.

Eugen. Ay de mì!
que ya es verdad lo que dixe
por fingimiento. *Clara.* Llegad
todos. *Eugen.* No à voces publiques,
que està aqui este hombre.

Clara. Sì quiero.

Felix. Aqui es bien que me retire,
por assegurar la espalda. *Escondese.*

Salen Don Alonso, Don Toribio, Brigida, Mari Nuño, y Otañez.

Todos. Què es ello?

Clara. Que un hombre::- *Eugen.* Ay triste!

Clara. Dentro està de nuestra casa;
yo desde aquestos jardines
le he visto en el corredor,
del desvàn por un tabique
saltò, subid allà todos,
quedarse no solicite
à robarnos esta noche.

Alons. Aquestos seràn sus fines.

Mari. En casa de Indiano, quièn
duda, que esso solicite?

Torib. Nadie primero que yo,
el primer escalon pise,
que à mì me toca el assalto,
si fuesse el desvàn Mastrique;
vea mi prima, que tengo
pujanza, ya que no filis. *Vase.*

Alons. Contigo voy. *Clara.* Subid vos,
Otañez. *Otañ.* Ya à los dos siguen
los filos de la tizona;
conmigo vàn dos mil Cides. *Vase.*

Clara. Vosotras desde allà dentro
ved, que entrar no solicite
por otra parte à esconderse.

Mari. Un Argos serè. *Vase.*

Brig. Yo un lince. *Vase.*

Clara. Todas tus bachillerias
mira de lo que te sirven,
que al primer lance te pasmas,
y al primer susto te rindes:
ya tienes franca la puerta,
hombre, ya bien puedes irte,
dexame el papel, y à Dios.

Sale Don Felix, y la dà un papel.

Felix. El os guarde; y pues dificil
no es lo que os advierto, ved
lo que importa. *Eugen.* Ay de mì triste!
que no pudiesse estorvarlo! *ap.*

Felix. Amor, no me precipites,
que aunque ingenio, y hermosura
todo en ella se compite,
es Dama de mis amigos,
y adorarla es impossible. *Vase.*

Salen Don Alonso, y Don Toribio.

Clara. Señor, ya el hombre à otra casa
passado ha, no solicites
buscarle. *Alons.* Forzoso era,
pues no fue hallarle possible.

Torib. Nigromantica es su dicha,
pues me le ha hecho invisible.

Clara. Digo, que passò à otra casa,
que yo le vì sano, y libre.

Alons. Con todo esso, à verla toda
vamos. *Torib.* Y aora què dices?
tengo, ò no, filis? *Vanse.*

Eugen.

Eugen. No sè,
que aora no eſtoy para filis.
Clara. Eſto, necia preſumida,
he hecho para que mires,
que tener valor, è ingenio,
es tenerle, y no decirle;
y vete de aqui, que quiero
vèr lo que el papel me dice.
Eugen. No ſoſſegarè (ay de mì!)
haſta vèr lo que la eſcribe. *Vaſe.*
Clara. De aqui la embiè, porque
ſi eſte hombre eſte engaño finge
para eſcribirme à mì, ella
no lo entienda, ni imagine.
Lee. No ſe atreve à vueſtro honor
quien por vueſtro honor ſe atreve
à preſumir, que os obliga
con lo miſmo que os ofende:
y aſsi, en eſta confianza
de penſar que errando acierte,
lo que hay que culparme vaya
por lo que hay que agradecerme.
Don Juan mas enamorado,
que fue de vos, de vos buelve,
y Don Pedro os ſigue, mas
fino, quanto mas auſente.
Que dexen de declararſe
no es poſsible, ni que dexen
de remitir al acero
la competencia, de ſuerte,
que à dar eſcandalo paſſe;
y pues podeis facilmente
remediarlo, con mandar
à Don Pedro que ſe auſente,
ò à Don Juan que ſe retire,
quedandoos vos dueño ſiempre
del deſdèn, y del favor,
quitad el inconveniente,
que à mì el aviſo me toca,
procediendo de eſta ſuerte
con vos, conmigo, y con ellos,
Cavallero, amigo, y hueſped.
Repreſ. Valgame Dios, què de coſas
tan varias, tan diferentes,
en un punto me combaten,
y en un inſtante me vencen!
En lo que dice, y no dice,
es muy cierto que me ofende
eſte papel, es verdad,
que ſi aqueſte papel viene
à hacer, que quando penſaba
que el papel para mì fueſſe,
ſolicitando aquel medio,
que me ha obligado à leerle,
he ſentido que no ſea
ſu intento aquel, ſino eſte.
Còmo puedo yo decirlo,
ſino es ya que en mì rebiente
no sè què callada mina,
que Amor en el alma enciende?
Amor dixe, pues no ſiento,
ſino haver tan neciamente
perſuadidome, que à mì
me buſcaſſe; y es de ſuerte
la vanidad de una Dama,
perſuadida à que la quieren,
que aunque la ofenda el amor,
mas el engaño la ofende:
y mas quando eſtà à la mira
una necia, una imprudente,
una loca::-
Al paño Eugen. Eſta ſoy yo.
Clara. De tan vanas altiveces,
que preſumo, que ella ſola
todo quanto mira vence.
O embidia, ò embidia! quànto
daño has hecho à las mugeres!
pues por vengarme de Eugenia
diera::- *Sale Doña Eugenia.*
Eugen. En què Eugenia te ofende,
para penſar à tus ſolas
el còmo de ella te vengues?
Clara. Eſſe papel te lo diga,
que acaſo à mis manos viene
por las tuyas. *Eugen.* Ya lo sè.
Clara. Pues ſi lo ſabes, y tienes
tan à rieſgo tu opinion,
que eſtriva ſolo en que lleguen
à declararſe dos hombres:
mira ſi es juſto que pienſe
còmo he de vengar, ingrata,
falſa, atrevida, y aleve,
la ocaſion en que::-
Eugen. Oye, aguarda,
que para que conſideres
tanta amenazada ruina
quan facil remedio tiene,
me huelgo de haver venido

à esta ocasiòn. *Llegase à una reja.*
Clara. Pues què emprendes?
Eugen. Señor Don Pedro?
Clara. Què haces?
Eugen. Hablar un instante breve
à un Cavallero, que està
en la calle.
Clara. A esto te atreves?
Eugen. Si, que en su quarto mi padre
està ya con su accidente
de la gota, que oy le ha dado,
y Don Toribio no puede
vèr desde el suyo esta reja,
y assi he de satisfacerte.
Señor Don Pedro?
Llega por dentro Don Pedro à la reja.
Pedro. Bien fue
menester oìr dos veces
mi nombre, para que alguna
creyera, que de èl se acuerde
vuestra memoria, que un triste
no cree su bien facilmente.
Eugen. No prosigais, que esta reja
es de otras tan diferente,
quanto hay de no serlo, à ser
aora de las paredes
de mi padre, y si alli pudo
la seguridad hacerme
usar de algunas licencias,
mi honor prisionera tiene
su libertad ya, y tan otra
haveis de vèr que procede,
quanto hay de que otros me guarden
à guardarme yo: assi, hacedme
merced de bolveros luego
donde otra vez no os encuentre,
ni en mi calle, ni en mi reja,
suplicandoos, que prudente
deis de mano à una esperanza,
que no hay sobre que se assiente.
Pedro. Oìd.
Eugen. Perdonad, que no puedo.
Pedro. Quando por veros::-
Eugen. Hareisme
ser, sobre ingrata, grossera.
Pedro. Vos? *Eugen.* Si.
Pedro. Còmo?
Eugen. De esta suerte. *Cierra la reja.*
Clara. Y al otro què has de decirle?
Eugen. Haz cuenta, que si le viere,
le dirè lo mismo al otro,
Clara, porque las mugeres
como yo, puestas en salvo,
si se esparcen, y divierten,
es para aquesto no mas,
que amor bachiller no tiene
mas fondo, que solo el ruido.
Aquel emblema lo acuerde
del perdido caminante,
à quien de noche acontece,
que alumbrado del estruendo
con que del monte desciende
pequeño arroyo, le assusta,
le perturba, y estremece,
y huyendo de èl, dà en el rio;
porque à todos les parece,
que es manso cristal aquel,
que aun las guijas no le sienten,
y en su agua perecen, pues
que no tiene riesgo advierte
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene;
y assi, fue del agua mansa
lo mejor guardarse siempre. *Vase.*
Clara. Què escucho, Cielos, què escucho?
que no tiene riesgo advierte
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene?
y assi, fue del agua mansa
lo mejor guardarse siempre?
Sin duda (ay de mì!) que oyò
quanto dixe, ò lo parece,
segun al concepto habla
de lo que mi pecho siente.
Pues ya que el acaso hizo
en las respuestas que ofrece,
lo que el cuidado debieras
ya que por ella me tiene
el Cavallero que traxo
el papel, lograr intente
la ocasion, que con su nombre
Amor à mi amor ofrece,
porque con mas verdad pueda
decir, que riesgo no tiene
la ruidosa, porque el riesgo
el agua mansa le tiene;
y assi, fue del agua mansa
lo mejor guardarse siempre.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Clara, y Mari Nuño.

Clara. Esto passa, y solo à tì
lo dixera. *Mari.* Ya tù tienes
experiencia de lo mucho,
que fiar de mi amor puedes;
pero dexa que me admire
de oìr, que à tal extremo lleguen
los despejos de tu hermana.
Clara. Dos Cavalleros pretenden
su favor, y à mì me toca,
que el escandalo remedie,
ya que llegò à mi noticia,
y assi es fuerza hablar à este,
que me diò el aviso; y para
hacer que el daño se enmiende,
tù has de darle un papel mio
en su nombre, porque llegue,
ignorando que soy yo,
à hablarme mas claramente
esta noche, y::- pero luego
proseguirè, que parece
que anda gente aì fuera, mira
quien es. Bien de aquesta suerte *ap.*
con la verdad se ha engañado
Mari Nuño, que ha de hacerme
lugar, para conseguir
hablarle de noche, y verle,
ya que mi pena::-

Sale Don Toribio, y detienele Mari Nuño.

Mari. Esperad,
que no es bien que nadie entre
sin avisar à este quarto.
Torib. Dos veces para mì eres
Dueña oy. *Mari.* De què manera
se entiende esso de dos veces?
Torib. Una en lo que estorvas, y otra
en lo que un quarto defiendes.
Mari. Serà justo, si no estàn
decentes, que à verlas lleguen?
Torib. Pues còmo pueden no estàr
siempre mis primas decentes?
Clara. Què es esso?
Torib. Que essa estantigua
à mì el passo me defiende.
Clara. Hace muy bien, porque aqui
sin mi padre, nadie puede
entrar. *Torib.* Si puede, y ya sè
de què esse ceño procede:
y assi, no quiero enojarme,
porque sè tambien que tienen
licencia las desvalidas
de llorar amargamente.
Clara. Yo confiesso que lo estoy,
y pues la dichosa en este
quarto no està, no teneis
que hacer en èl, brevemente
de èl os id, ò yo me irè,
porque de mì no se piense
que me vengo en estorvaros,
quando hay mas en que me vengue.
Torib. Esso es poco, y mal hablado.
Clara. Vèn, Mari Nuño, que tienes
que hacer por mì esta fineza. *Vase.*
Mari. Tuya soy, y serè siempre:
pero aguardate, verè
quien llama. *Vase.*
Torib. Cielos, valedme,
que este remoquete, sobre
aquella sospecha fuerte,
que aspid del pecho, à bocados
todo el corazon me muerde,
es, aora que caigo en ello,
un bellaco remoquete.
Quando buscamos la casa,
vì::- lengua mia, detente,
no lo digas, sin que antes
te haya dicho yo, que mientes:
vì, que detràs de la cama
de Eugenia (ò malicia aleve!)
estaba detràs::-

Sale Mari Nuño con un papel.

Mari. Señora,
albricias, que este villete,
con coche, y balcon::- *Torib.* Muger,
en lo que dices advierte,
que balcon, villete, y coche,
sobre dueña, me parece,
es traer todo el yerro armado.
Mari. Mal encuentro fuera este *ap*
si importàra: mi señora::-
Torib. Memoria, no me atormentes?
Mari. Aqui no estaba? *Torib.* Aqui estaba
un poco antes que se fuesse.
Mari. A buscar à entrambas voy

con este papel. *Torib.* Detente,
que antes he de verle yo,
que ellas. *Mari.* Què llama verle?
que aunque no importàra nada,
no le he de dar, por no hacerle
tan dueño de casa ya.
Torib. Què và::- *Mari.* Què?
Torib. Que de un puñete
te abollo sessos, y toca?
Mari. Què và que no es mayor que este?
Dale un bofeton.
Torib. Los dientes debieron de irse,
pues he perdido los dientes.
Mari. Ay, que me matan, señores,
acudan à socorrerme.
Torib. Solo me faltaba aora
ser ella la que se quexe.
Mari. Que me matan.
Salen Don Alonso, Doña Clara, Doña Eugenia, y Brigida.
Alonf. Què es aquesto?
Clara. Què ha sucedido? què tienes?
Mari. Don Toribio mi señor,
colerico, è impaciente,
porque no le quise dar
aqueste papel, que viene
para las dos, puso en mì
las manos. *Las dos.* Jesus mil veces!
Alonf. Por cierto, señor sobrino,
vuestro enojo, sea el que fuere,
es muy sobrado: à criada
de mis hijas de esta suerte
se ha de tratar? *Torib.* Vive Dios,
que soy yo::-
Alonf. No hableis. *Torib.* Quien tiene
de què quexarse. *Alonf.* Ya basta:
dadme vos, dadme el villete,
que quiero vèr la ocasion, *Tomale.*
que tuvo para ofenderse.
Eugen. Ay de mì! si fuesse acaso
de alguno de los ausentes.
Clara. Quiera el Cielo, que no sea,
que algo de tus cosas cuente.
Lee D. Alonf. Sobrinas mias, yo tengo balcon en que esta tarde veais la entrada de la Reyna nuestra Señora; el coche và por vosotras, que no dudo, que mi primo::-
Repres. Aora de nuevo buelvo
à enojarme, y ofenderme
de que escrupulo haya havido
en vuestro juicio: en aqueste
Doña Violante mi prima,
hijas, os dice que quiere,
que con ella vais à donde
veais la entrada excelente
de la Reyna, cuya vida
el Cielo por siglos cuente.
Tomad, leedle vos, vereis
quan necio, quan imprudente
haveis pensado otra cosa,
que no quiero que se ausenten,
hasta que vos le leais. *Dale el papel.*
Torib. Mostrad: dice de esta suerte:
Lee. Sobrinas mias, yo tengo
balcon::- Tio, finalmente,
hasta que yo lea, no han de ir?
Alonf. No.
Torib. Pues muy bien me parece,
que no iràn de aqui à dos años.
Alonf. Por què? *Torib.* Porque no sè leerle,
y essos havrè menester
para aprenderlo. *Alonf.* Què llegue
à tanto vuestra ignorancia!
Torib. Pues què defecto es aqueste?
como de essos leer no saben,
y lo saben todo: estense,
hasta que lo aprenda, en casa,
y entonces iràn. *Alonf.* Mal pueden
si oy es la entrada. *Torib.* Havrà mas
de que la entrada se quede
hasta que yo sepa leer?
Alonf. Hijas, aquesto sucede
una vez en una edad,
verlo es justo: brevemente
os poned los mantos, è id,
ò pesele, ò no le pese
à Don Toribio, que yo,
à causa de mi accidente,
no saldrè de casa, y basta
que vuestra voz me lo cuente,
quando bolvais. *Clara.* A tu gusto
humilde estoy, y obediente.
Eugen. Si me dàs licencia à mì,
contigo es bien que me quede.
Alonf. No, hija, ambas haveis de ir.
Brig. Aqui ya los mantos tienen.
Clara. Ponme, Mari Nuño, el mio:

to-

toma, y lo que digo advierte.
Dale un papel.
Eugen. Sola esta vez salgo triste, *ap.*
porque ninguno me encuentre
de estos dos necios amantes.
Clara. Solo esta vez salgo alegre,
por si en las fiestas por dicha
à este Cavallero viesse. *Vanse.*
Torib. Aunque desairado quede,
me huelgo, que quedo en casa,
entre la Reyna, ò no entre,
por si puedo averiguar
à mis solas esta fuerte
sospecha, que en vivos zelos
amor en el alma enciende. *Vase.*
Salen Don Felix, y Hernando.
Hern. Sin vèr la fiesta te vienes,
señor, hasta casa? *Felix.* Si,
que no hay fiesta para mì
donde no hay gusto. *Hern.* Què tienes,
que estàs tan triste, señor?
Felix. Què mas tu lengua quisiera
de que yo te lo dixera?
Hern. Ya me has dicho que es amor,
con solo esso. *Felix.* Por què?
Hern. Porque obligarte à callar,
solo puede ser estàr
enamorado. *Felix.* No sè
como te diga que si,
y que una rara belleza
es causa de mi tristeza,
tan imposible, que vì
en el primero deseo
el primero inconveniente.
Hern. Còmo?
Felix. A quien Don Juan ausente
ama, y à Don Pedro veo
venir siguiendo, es la Dama,
que mi libertad robò;
y aunque siempre he de estàr yo
de la parte de mi fama,
aun no estriva mi cuidado
en esta especie de zelos,
sino que de sus desvelos
uno, y otro me han fiado
el secreto de manera,
que obligado à embarazar
su empeño estoy, y à callar.
Llama à la reja Mari Nuño.
Mari. Señor Don Felix? *Felix.* Espera,
à quièn han llamado? *Mari.* A vos.
Felix Pues què es lo que me mandais?
Mari. Doña Eugenia, que leais
aqueste papel, y à Dios.
Arrojale un papel, y vase.
Lee D. Felix. Agradecida al aviso, que me disteis, he empezado ya à obedeceros, y para executarlo mejor, me importa hablaros: venid esta noche, que yo os estarè aguardando. El Cielo os guarde.
Repres. Quièn viò confusion mas fiera,
puesto que ni ir, ni dexar
de ir puedo ya escusar?
Al paño Don Juan.
Juan. Cielos, què harè? *Hern.* Considera,
que viene Don Juan aqui.
Felix. Si viò arrojar el papel?
Hern. No.
Juan. Què sospecha tan cruel! *Sale.*
Felix. Don Juan, pues què haceis aqui?
no sois de fiestas? *Juan.* No sè
lo que os diga. *Felix.* Muerto quedo.
Juan. Que ni hablar, ni callar puedo.
Felix. Callar, ni hablar?
Juan. Si. *Felix.* Por què?
Juan. Porque os ofendo en hablar,
y en callar me ofendo à mì,
con que es preciso que aqui
no pueda hablar, ni callar.
Felix. No os entiendo. *Juan.* Yo tampoco;
mas si entenderme quereis,
como licencia me deis,
propia dadiva de un loco,
dirè el dolor que me aquexa.
Felix. Si doy: empeño cruel! *ap.*
Juan. Pues enseñadme un papel,
que os dieron por essa reja.
Felix. Solo esso en el mundo huviera,
siendo quien somos los dos,
que yo no hiciera por vos;
y no haciendolo, quisiera
que el credito de mi fè
os debiesse creer de mì,
que soy vuestro amigo. *Juan.* Assi
lo creo; mas no podrè
(viendo, que haveis escusado
con pretexto de otro honor,

ser

ser tercero de mi amor;
y que haviendome llamado
Eugenia en el coche aora,
muy enojada me diga,
que ni la vea, ni siga
mas, Don Felix, quien lo ignora?)
entrar en temor de que
vuestra escusa, y su crueldad
nacen de otra novedad?
Y mas, viendo que lleguè
à tiempo que daros vì
por essa reja un papel,
y que los secretos de èl
tanto recatais de mì,
que turbado le escondais,
haviendo yo el nombre oìdo
de Eugenia, y que ella ha sido
la que os dice que leais.
Felix. Valgame el Cielo! què harè, *ap.*
que el papel me llama à mì,
y si me disculpo aqui,
à Don Pedro culparè?
Juan. Què me respondeis?
Felix. Ya os tengo
respondido, con saber,
que soy, Don Juan, y he de ser
amigo, y callar prevengo.
Juan. Confiesso, que sois mi amigo,
y que vuestro huesped soy;
pero el empeño en que estoy,
vos le sabeis; y asi os digo
solo, que me aconsejeis
en este lance, por Dios,
què hicierais conmigo vos?
Felix. Aunque contra mì teneis
alguna razon, si yo
en el empeño me viera,
que erais mi amigo creyera,
y no os apuràra. *Juan.* No
es tan facil de tomar,
como de dar un consejo;
y asi, de admitirle dexo,
bolviendoos à suplicar,
que me enseñeis el papel.
Felix. Si otra causa no tuviera,
que la vuestra, yo lo hiciera.
Juan. Pues hay otra causa en èl
mas, que ser suyo, y venir
à vuestra mano? *Felix.* Si hay,
pues la causa que le tray,
es la que no he de decir.
Juan. No fiais de mì un secreto?
Felix. Si, mas no aqueste. *Juan.* Mirad,
que puede nuestra amistad
dilatar en mì el efeto
de verle, mas no escusalle.
Felix. Pues mirad còmo ha de ser,
porque no le haveis de vèr.
Juan. Saliendonos à la calle.
Felix. Guiad donde quisiereis vos,
que à guardarle estoy dispuesto.
Sale Don Pedro.
Pedro. Don Juan, Don Felix, què es esto?
dònde vais asi los dos?
Felix. Passeandonos vamos. *Pedro.* No
es la deshecha bastante
à desmentir el semblante;
y haviendo llegado yo
à tiempo, que ya empuñadas
de ambos las espadas vì,
no haveis de passar de aqui.
Juan. Prevenciones escusadas
son las vuestras, vive el Cielo.
Hern. No son, que mi amo, y Don Juan
à reñir, Don Pedro, vàn.
Felix. Calla, picaro. *Pedro.* Què duelo
hay, que entre amigos lo sea,
que no se pueda ajustar,
Felix, antes de llegar
al ultimo trance? vea
yo, que haceis esto por mì,
y sepa la causa. *Felix.* Yo
no he de decirla, que no
me està à mì bien. *Juan.* A mì si,
que no quiero que se diga,
que sobre la obligacion
de huesped, es sinrazon
la que à este trance me obliga:
y pues que sois Cavallero,
que nos dexareis reñir,
la ocasion he de decir.
Felix. No direis, porque primero
yo::- *Pedro.* Tened.
Felix. O quièn pudiera *ap.*
su discurso suspender!
Juan. Que quiero con vos hacer
lo que con otro no hiciera.
Yo, Don Pedro, he fiado

de

de Don Felix, que estoy enamorado
de una Dama, y haviendome valido
de èl, no solo ayudarme ha pretendido,
pero contra su honor, contra su fama,
sè que festeja aquesta misma Dama:
ved si es justa mi quexa,
pues dandole un papel por esta reja::-

Pedro. Què es lo que escucho, Cielos! *ap.*

Juan. Oi, que oyen mucho contra sì los zelos,
que dixo la tercera,
que el dueño suyo Doña Eugenia era:
su nombre dixe, poco havrà importado
el haverla nombrado,
siendo quien sois.

Felix. Con nuevas penas lucho. *ap.*

Pedro. Esperad, que no importa sino mucho,
porque aquesse desvelo
me toca à mì con ambos, vive el Cielo:
con vos, pues haveis sido
de Eugenia amante, q̃ es la que he seguido,
y con èl, pues de vos à oir he llegado,
que està Don Felix de ella enamorado;
de suerte, que en los dos vengar prevengo
la razon que teneis, y la que tengo.

Juan. Si vos os declarais de Eugenia bella
amante, quando yo muero por ella,
ya con vos es mayor empeño el mio,
pues ya son dos de quien mis penas fio,
y dos los que me ofenden.

Fel. Dos son tambien los q̃ agraviar preten- (den
mi amistad, presumiendo,
que, siendo yo quien soy, à ambos ofendo,
quando en mi valor hallo,
que al uno por el otro su amor callo,
y escusar el empeño solicito,
passando la fineza à ser delito.

Juan. Fineza es, quando impio::-

Pedro. Quando ingrato::-

Juan. Con falsa fè::-

Pedro. Con fementido trato::-

Los dos. Ofendeis mi amistad?

Felix. Oidme primero,
pues à los dos satisfacer espero.

Juan. Platicas acortemos,
y puesto que tenemos
nuestro duelo empezado,
venid conmigo.

Pedro. Haviendo yo llegado
à tiempo, que he sabido,
que los dos me ofendeis, còmo he podido
dexar de ir con los dos?

Felix. Y còmo puedo
yo dexar, que los dos, con tal denuedo,
presumais que traidor puedo haver sido?

Los dos. De ambos està ofendido
mi valor.

Felix. Por mi honor bolver espero.

Juan. Calle la lengua, pues, y hable el acero.

Riñen los tres, y dice D. Toribio dentro.

Torib. Pendencia hay à la puerta de mi casa?

Salen Don Alonso, y Don Toribio.

Alons. Còmo entre tres amigos esto passa?

Jua. Guardeos Dios, q̃ ya el duelo està acabado

Alons. Esperad, porq̃ aviẽdo yo llegado, (*Vase.*
ofendeis mi valor.

Pedro. Nada esto ha sido:
seguir quiero à Don Juan, pues ya se ha (ido. *Vase.*

Torib. Tenedlos, tio, que para ajustarlo,
sobre mi Executoria han de jurarlo:
aguardad, que ya vengo,
mientras voy à sacarla, que la tengo
metida en las alforjas, como vino,
porque no se me ajasse en el camino.

Alons. Merezca yo saber, què furia airada
os ha obligado aqui à sacar la espada.

Felix. Naciò esta competencia
sobre una diferencia,
que en el juego los tres hemos tenido;
y haviendo vos venido
à tan buena ocasion, no fuera justo,
que entre amigos duràra este disgusto:
perdonadme, señor, y dad permisso
que los siga. *Vase.*

Alons. Serà muy cuerdo aviso;
id, D. Felix, con Dios, que sabe el Cielo,
que siento no cumplir oy con el duelo,
haviendome aqui hallado:
pero es tal mi cuidado, *ap.*
que no entre D. Toribio en mi sospecha,
que mas con èl me importa la deshecha.
De què tan pensativo
haveis quedado? *Torib.* Imaginando vivo
si nuestra solariega sangre acierta
en que riñendo, tio, à nuestra puerta,
se vayan atufados,
sin ir los dos muy bien descalabrados,
y aun los tres.

Alons. Què notable desvario!

pues

pues què nos toca su disgusto?
Torib. Ay tio,
si hablà a yo!
Alons. De què es el sentimiento?
Torib. De mucho. *Alons.* Pues hablad.
Torib. Estadme atento.
Quando yo iba à buscar filis,
y fuisteis vos à traerme,
desengañado de que
burla de mi prima fuesse,
siendo hablilla, que las Damas
decir por donaire suelen:
al bolver à casa, oìmos
voces, diciendo impaciente
Clara, que un hombre havia en ella.
Alons. Es verdad, y yendo à verle,
no le hallamos, aunque toda
la anduvimos. *Torib.* Pues de aquesse
examen que en ella hicimos,
todo mi dolor procede,
todas mis penas se causan,
y todos mis zelos penden.
Alons. Por què? *Torib.* Faltame el aliento!
la voz duda, el labio teme!
porque como no dexamos
nada por vèr diligentes,
detràs de la cama (ay triste!)
de Eugenia:;- *Alons.* Cielos, valedme.
Torib. Vi:;- *Alons.* Què, al hombre?
Torib. Mas no es nada,
verle, y no darle la muerte?
no bastò vèr:;- *Alons.* Proseguid.
Torib. Una clara seña, un fuerte
indicio de que à deshora
en el quarto salga, y entre?
Alons. Ved, sobrino, què decìs,
no algun engaño os empeñe
à decir:;- *Torib.* Còmo que engaño,
si lo vì mas claramente,
que cinco, y cinco son diez,
y diez, y diez seràn veinte?
Alons. Pues què visteis? *Torib.* Una escala,
que Eugenia escondida tiene.
Alons. Escala escondida? *Torib.* Si,
y de hartos passos, con fuertes
cuerdas, y hierros atada.
Alons. Vive Dios, si verdad fuesse,
que havia:;- *Torib.* Còmo verdad?
si solo porque la viesseis,
os traigo aqui, quando solo
està el quarto? un punto breve
esperaos, vereis quan presto
aqui la mirais patente. *Vase.*
Alons. Ay de mì! no en vano, Cielos,
previne ausentar prudente
de la Corte à Eugenia; pero
si ya Don Toribio tiene
tan vivas sospechas, còmo
es posible que la lleve?
pues ya:;-
Sale Don Toribio con un guardainfante.
Torib. Mirad si es verdad,
con mas de dos mil pendientes
de gradas, haros, y cuerdas.
Alons. Necio, loco, impertinente,
essa es escala? *Torib.* Y escala,
que si se desdobla, debe
poderse escalar con ella,
segun la rebuelta tiene,
la torre de Babilonia:
esto es para quien lo entiende,
no la sè armar. *Alons.* Vive Dios,
que no sè como consiente
mi còlera no deciros
mil pesares, porque esse
es guardainfante, no escala.
Torib. Guarda què?
Alons. Què impertinente!
guardainfante. *Torib.* Peor es esso,
que essotro: què infante tiene
mi prima, que èste le guarde?
Alons. Hablar con vos, es hacerme
perder el juicio: no entienda
aquesso nadie, bolvedle
donde estaba, y estimadme,
barbaro, y agradecedme,
que no os digo mil locuras. *Vase.*
Torib. Escalado seas mil veces:
guardainfante de mi prima,
quien quiera que fuiste, y fuesses,
bueno me han puesto por tì
de barbaro impertinente,
y hasta saber el oficio,
que en cas de mis primas tienes,
no he de parar.
Dentro. Pàra, pàra.
Dent. Alons. Pues que ya mis hijas vienen,
poned luces en su quarto.

Sale

Sale Mari Nuño.

Marì. Ay de mì! que en èl hay gente:
quièn es?
Torib. Yo ſoy, que no es nadie.
Mari. Què haces aqui de eſta ſuerte
con aqueſſe guardainfante?
Torib. Aqui, ſi ſaberlo quieres,
me eſtaba penſando coſas.
Mari. Sitio havrà donde las pienſes;
ſuelta, y mira no te hallen
aqui dentro, quando lleguen,
que ya vienen. *Torib.* Mira tù
no me obligues à que vengue
el paſſado mogicon.
Mari. Mejor ſerà, ſi lo adviertes,
no quieras que te dè otro.
Torib. Què và que no es mayor que eſte?

Dale un bofeton.

ay, que me han muerto, ſeñores,
acudid à ſocorrerme:
ay, que me matan.

Salen Don Alonſo, Doña Clara, Doña Eugenia, y Brigida.

Alonſ. Què es eſto?
Clara. Què voces, què ruido es eſte?
Torib. Mari Nuño mi ſeñora,
eſtando en eſte retrete,
porque la dixe no mas,
que buenas noches tuvieſſe,
puſo las manos en mì.
Mari. Mas me dixo, pues pretende,
que le favorezca yo,
porque dice, que no quiere
ſeñora de guardainfante,
y trae por teſtigo eſte,
de quien eſtà haciendo burla.
Torib. Què teſtimonio tan fuerte!
Mari. A un traidor dos alevoſos. *ap.*
Alonſ. Advertid vos, que no lleguen
à entender nada las dos,
que de vueſtras ſencilleces,
ò ignorancias, ò locuras,
eſtoy canſado de ſuerte::-
pero hablemos de otra coſa,
no ſean delirios ſiempre:
còmo en la fieſta os ha ido?
Eugen. Como à quien viene, ſeñor,
de vèr el triunfo mayor,
que nueſtra Eſpaña ha tenido,
deſde que ſu Monarquìa
à ſer la mayor llegò.
Alonſ. Ya que no le he viſto yo,
de algun conſuelo ſeria
oirlo de las dos aqui.
Eugen. Yo, ſeñor, te contarè
lo que me acuerdo. Verè *ap.*
ſi deſvelar puedo aſsi
la pena en que me ha tenido
la competencia cruel,
que viò Clara en ſu papel.
Clara. Viſte à Felix? *A Mari Nuño ap.*
Mari. Y advertido,
no dudo que venga. *Clara.* Pues
vele à abrir. *Mari.* Còmo, ſi aqui
todos eſtàn? *Clara.* Mira, aſsi.
Como atento nos eſtès,
lo que ella olvide, ſeñor,
yo acordarſelo pretendo.
Entiendeſme? *Mari.* Ya te entiendo.
Eugen. Oiràs la fieſta mayor,
que havràs oido en tu vida.
Clara. Y vos oid tambien. *Torib.* Pues no?
Clara. Vè por èl, mientras que yo
les doy con la entretenida. *Vaſe Mari.*
Llegò el dia, que trocando
la divina Mariana,
en felices poſſeſsiones
perezoſas eſperanzas,
de Madrid amanecieron
para ſu dichoſa entrada,
en felices aparatos,
cubiertas calles, y plazas:
todas las vimos, porque
tranſcendiendo por las vallas
fingidas de jaſpe, y bronce,
llegamos à donde eſtaba
en el Prado un Arco excelſo,
que à las nubes ſe levanta.
Eugen. Aqui en el racional trage
Madrid, de ſu antigua uſanza,
eſperò à ſu nueva Reyna,
veſtida de blanco, y nacar;
y para ſignificar
de ſus afectos las anſias
con que liberal quiſiera
poner el mundo à ſus plantas;
ya que no la puſo el mundo,
puſo, por lo menos, tantas

significaciones de èl,
que en este Arco, y los que faltan,
representò de sus quatro
Partes las Coronas varias,
que en èl amante la ofrece
quien la mereciò Monarca:
y assi, esta parte fue Europa,
como principal estancia
donde sus Imperios tiene
las demàs por tributarias.

Clara. Querer pintar, que en èl vimos
en casi vivas estatuas
à Castilla, y à Leon
por los Reynos; Alemania
por la cuna, y por la Fè
de la Religion à Italia,
sin otras muchas señales,
impossible es ya, pues basta,
que en este Arco, y los demàs
apelemos à la estampa,
quando lo expliquen sus letras
Latinas, y Castellanas.

Eugen. Solo por mayor diremos,
que à las quatro dilatadas
Partes del Mundo, en quien tuvo
dominio el Planeta de Austria,
correspondieron los quatro
elementos, siendo en claras
significaciones, doctos
reversos de sus fachadas:
y assi, à Europa se diò el aire,
por ser en quien mas templadas
sus influencias se gozan
dulces, suaves, y blandas.

Clara. Y como del aire es
el Aguila remontada
Emperatriz, cuyo nido
favorable aspira al Aura,
el Aguila coronò
este elemento, adornada
de geroglificos, que
todos del aire se sacan.

Eugen. A esta puerta, pues, la Villa,
la ceremonia acabada
del besamano, empezò,
haciendo al compàs la salva,
no solo de los clarines,
las trompetas, y las caxas,
sino de la voz del Pueblo,
que es la mas señora salva,
à caminar con el Palio,
con tanto aplauso, con tanta
magestad, que no se viò
en terminos de vassalla,
nadie con mas causa humilde,
ni sobervia con mas causa.

Clara. De aqui, pues, à la Carrera
de San Geronimo passa,
donde no menos vistoso
la recibiò el triunfo de Austria.

Eugen. De sesenta y dos Coronas,
que en la India rinden à España
feudo, los bultos de algunas
significaron las ansias
de servir su buena Reyna
con dones, y empressas, quantas
mide este Imperio al Oriente,
donde su poder alcanza.

Clara. Y como Asia es la mayor
parte del mundo, que abraza
Ganjes, Nilo, Eufrates, Tigris,
Señora de tierras tantas,
fue su elemento la tierra,
en quien se viò coronada
la melena del Leon,
como su mayor Monarca.

Eugen. Llegò, pues, el sol del Sol
à la Puerta, en cuya estancia
Africa en el triunfal Arco,
à vista suya se planta.
Y assi, todas sus pinturas
fueron las Fuerzas, y Plazas,
que España en Africa goza,
desde que dos Reynas Santas,
politica una en Madrid,
victoriosa otra en Granada,
arrancaron las raices
de esta venenosa planta.
A Africa correspondiendo
el fuego, ò por su abrasada
Libia, ò porque siendo oy
la Puerta del Sol su estancia,
el Sol, Planeta de Fuego,
entre piramides altas
se viò colocado, bien
como exaltado en su casa.

Clara. Siguiòse la Platerìa,
de tal manera adornada,

que

que ſolo un Arte tan noble
aſsi pudiera iluſtrarla;
pues caſi deſde eſte Arco
ſe corrieron dos varandas
de vichas, y de columnas,
que empezandoſe deſde altas
piramides, proſiguieron,
haſta que en otras rematan,
poblando ſus corredores
por una, y por otra vanda
aparadores, cubiertos
de diamantes, oro, y plata.
Eugen. La America en otro Arco
à Santa Maria eſtaba,
en cuyo Templo el fiel culto
el Te Deum laudamus canta.
Fueron divinas empreſſas
quantas diò el agua à ſus Aras,
ſiendo perennes milagros
Manzanares, y Xarama.
Clara. En la Plaza de Palacio
animados en dos baſas,
que de Himeneo, y Mercurio
ſoſtenian las eſtatuas,
dos triunfales carros vì,
de cuya fabrica rara
fue la ſignificacion,
ſi es que me atrevo à explicarla,
que Mercurio, de los Dioſes
Embaxador, ſu jornada
à la viſta de Palacio
feneciò, y aſsi, acabada
la fatiga del camino
à Himeneo ſe la encarga;
porque uno ſu culto empiece
donde otro ſu culto acaba.
Eugen. Con eſte acompañamiento,
al compàs de voces varias,
que del eſpoſo, y la eſpoſa
decian las alabanzas::-
Clara. En un bruto, que parece,
que ſabia que llevaba
todo un Cielo ſobre sì,
ſegun la noble arrogancia
con que obedecia ſobervio
al impulſo que le manda,
llegò nueſtra invicta Reyna
à las puertas de ſu Alcazar.
Alonſ. Tal la relacion ha ſido,
que aunque el no verla dà enojos,
el deſeo de los ojos
ſe ſuple con el oìdo.
Torib. No à mì, porque eſſe deſeo
nunca tuve. *Alonſ.* Por què no?
Torob. Como eſſas bodas vì yo.
Alonſ. Dònde? *Torib.* En Cangas de Tinèo,
quando los Concejos todos
ſe juntan para llevar
las novias à otro Lugar,
entonando varios modos
de bayles, y de cantares,
que es una fieſta bien rara:
ſi de alguno me acordàra,
ſe os quitàran mil peſares.
Alonſ. Dexad locuras, por Dios:
Brigida, à alumbrarme vèn,
que ya recogerme es bien. *Vaſe.*
Clara. Por què no os recogeis vos?
Torib. Porque para recogerme
falta ſalir de un cuidado.
Clara. Què cuidado? *Torib.* No he cenado,
y tràs eſto, otro ha de hacerme
perder el juicio. *Clara.* Què es?
Torib. Vos dixiſteis, que havia en mì
mas en que vengaros? *Clara.* Sì.
Torib. Decidme la cauſa, pues.
Clara. La cauſa es, que à Eugenia, à quien
(de èl aſſegurarme quiero *ap.*
para la ocaſion que eſpero)
vos decìs que quereis bien,
à otro favoreciò. *Torib.* Ay Cielos!
Clara. Si averiguarlo quereis,
bien facilmente podeis.
Torib. Si eſto oyeran mis abuelos,
què dixeran? *Clara.* Pues eſtando
un rato en eſſe balcon,
oireis la converſacion
que tiene en la calle, hablando
con un hombre por la reja
de ſu quarto. *Torib.* Còmo què?
en el balcon me eſtarè
ſi acaſo el dolor me dexa,
ſin chiſtar, de penas lleno. *Vaſe.*
Clara. Ya èſte no me eſtorvarà,
pues cerrado ſe eſtarà
toda la noche al ſereno.
Eugenia: bueno ſerà *ap.*
engañarla. *Eugen.* Què me quieres?

Clara. Avisarte quanto eres
infeliz. *Eugen.* En què ?
Clara. En que està
mi padre tan sospechoso,
pues no sè què, que ha passado,
Mari Nuño le ha contado
acerca de que zeloso
uno, y otro amante tuyo,
oy à esta puerta riñeron,
que sus sospechas le hicieron
desvelar, segun arguyo,
que no se acuesta: por Dios,
que si tienes que temer
me lo digas, para hacer
como hermana. *Eugen.* Si à las dos
en el coche, y en la reja
viste que los despedì,
y que no ha quedado en mì,
ni aun el ruido de la quexa,
què mas de mi parte puedo
haver hecho, ni saber
puedo aora lo que he de hacer?
Clara. Yo sì. *Eugen.* Què es ?
Clara. Perder el miedo,
puesto que inocente estàs,
y cerrada en mi aposento,
desvelar tu pensamiento,
que yo desvelando mas
tu inocencia, allà entrarè,
diciendo que estàs dormida,
y mostrandome ofendida
à su enojo, le dirè
muy bien dicho, que no tiene
razon, si en sospechar dà
de quien tan segura està.
Eugen. Mi vida, hermana, previene
tu amistad; y porque mas
de mì assegurarse quiera,
cierrame tù por defuera. *Vase.*
Clara. Esso havia de hacer ? Ya estàs
conmigo en campaña, Amor;
aquesta es la vez primera,
que te vì el rostro, no quiera
vencer tan presto el rigor
de tus iras. Mari Nuño, *Sale Mari Nuño.*
dònde està aquel Cavallero ?
Mari. En mi aposento, señora,
rato ha que oculto le tengo,
mientras que la relacion
à todos tenia suspensos.
Clara. Esto por Eugenia hago.
Mari. Por esso yo te obedezco.
Clara Dile, que salga à esta quadra.
Mari. Voy. *Vase, y sale Don Felix.*
Felix. Aunque rendido vengo
à serviros, es mayor
mi pena, que el rendimiento.
Clara. De què ? *Felix.* De vèr que mi aviso,
ni vuestra cordura han hecho
el efecto que esperamos,
sino tan contrario efecto,
que los dos conmigo oy
à vuestra puerta riñeron;
y saliendo vuestro padre,
y vuestro primo à este tiempo,
queriendo acudir à todo,
à nada acudì, supuesto
que ni à uno, ni otro alcanzar
pude, y estoy con recelo
de que se hayan encontrado,
puesto que ninguno ha buelto,
siendo ambos huespedes mios:
y aunque por ellos lo siento,
lo siento por vos con mas
ventajas, pues si os confiesso
una verdad, me debeis
vos mayor fineza, que ellos.
Clara. Yo mayor fineza ? *Felix.* Si.
Clara. Còmo ? *Felix.* Perdonad, os ruego,
porque no puedo decirlo,
aunque ya dicho lo tengo.
Clara. Dicho lo teneis, y no
podeis decirlo ? no entiendo
tan nuevo enigma. *Felix.* Yo si.
Clara. Declaraos mas. *Felix.* No puedo,
que si el sentimiento es
por ser mis amigos, cierto
serà, por ser mis amigos,
el callar mi sentimiento.
Dent. D. Juan. Valgame el Cielo !
Felix. Què voces
son las que estamos oyendo ?
Clara. En el jardin fue. *Sale Mari Nuño.*
Mari. Señora ?
Clara. Què hay, Mari Nuño ? què es esso ?
Mari. Por las tapias del jardin
se ha arrojado un hombre dentro,
à cuyo ruido, tu padre
ba-

baxa ya de su aposento.
Clara. Triste de mì! què he de hacer,
si os vè aqui? *Felix.* Buen remedio,
yo por aquesse balcon
saldrè à la calle primero,
que me vea. *Clara.* No le abrais.
Felix. No es mejor?
Abre el balcon, y halla à Don Toribio.
Torib. Estense quedos,
no hagan ruido, que ya el hombre
à la reja llega, y quiero
oir lo que habla.
Felix. Hombre, quièn eres?
Torib. Quièn os mete à vos en esso?
metome yo en quièn sois vos?
agradecedme que tengo
que hacer aqui, que si no,
à fè que havia de saberlo.
Felix. Quièn viò tan estraño lance!
Mari. Ya en el jardin se oye estruendo.
Clara. Apartemonos de aqui.
Retiranse las dos, y sale Don Pedro.
Pedro. Viendo mis rabiosos zelos,
que abriendo la puerta entrò
mi enemigo hasta aqui dentro,
sin poderlo yo estorvar,
que llegar no pude à tiempo,
por las tapias del jardin
à entrar me atrevì resuelto
à vengar::- pero què miro!
que es su padre, vive el Cielo,
y brioso, con otro hombre
riñendo sale à este puesto.
Sale Don Alonso riñendo con Don Juan.
Alons. Al esfuerzo de mi brazo,
de mis iras al aliento,
pues me han hecho dos agravios
tu voz, y tu atrevimiento,
los dos vengarè: ay de mì!
que vàn mis penas creciendo,
pues quando pensè de uno,
dos de quien vengarme tengo.
Felix. Tened la espada, Don Juan,
Don Alonso, deteneos.
Juan. Mira si traidor amigo
eres, pues aqui te encuentro.
Felix. Oid, sabreis que enemigo
no soy ni suyo, ni vuestro.
Alons. Dentro de mi casa dos
enemigos. *Felix.* Deteneos.
Pedro. Aunque estorvar aqui deba
de Don Alonso el empeño,
primero venganza pide
lo rabioso de mis zelos.
Si por aquesse balcon *Llega à ellos.*
te passò el atrevimiento
de aquessa ingrata à mis ojos,
en tì he de vengar primero
los zelos con que te busco;
baxa abaxo, ò vive el Cielo,
que esta pistola::-
Saca una pistola, y sale D. Toribio à la reja.
Torib. Pistola?
hombre del diablo, està quedo,
que no es esso lo que yo
te dixe: pero què veo!
què es esto, tio? *Sale.*
Alons. A mi lado
os poned. *Pedro.* Pues que le abrieron
la ventana, llegarè
à matarle, que no temo,
ya que estoy muerto à su dicha,
quedar à sus manos muerto.
Juan. Traidor, tràs tì::- mas què miro?
por las ventanas resuelto
assi os entrais? *Pedro.* Què os admira?
si tanto ruido me ha puesto
en obligacion de entrar
à saber lo que es. *Alons.* Suspenso
en repetidos agravios,
no sè à qual he de ir primero.
Felix. Teneos, señor Don Alonso,
que trances de honor, el cuerdo
los venga con su prudencia,
antes que con el acero;
y si me escuchais, no dudo
quedeis honrado, y contento.
Alons. Uno entrò por mi jardin,
otro por mi reja; pero
vos que aqui dentro os hallais,
por dònde entrasteis primero,
que haciendome el mismo agravio
me venìs à dar consejo?
Torib. Entraria por la escala,
que escala havia para ello.
Felix. Yo soy tan interessado
en este lance, que pienso,
que vine à serviros mas

a todos, que no à ofenderos,
que fue à eſcuſarle: mas ya
que conſeguirlo no puedo
de una manera, de otra
lo intentarè, eſtadme atentos.
Doña Eugenia me ha tenido
en aqueſte quarto, à efecto
de eſtorvar entre los dos::-
Al paño Eug. Què eſcucho? dexar no puedo
de ſalir, al oir mi nombre.
Al paño Clara. Tente, no ſalgas.
Salen Doña Clara, y Doña Eugenia.
Eugen. Sì quiero,
que ya me importa ſaber
què es aqueſte fingimiento.
Yo te he tenido, què dices,
hombre, en mi quarto? *Felix.* Teneos,
que yo Doña Eugenia he dicho,
no vos. *Señala à Doña Clara.*
Alonſ. Còmo, còmo es eſſo?
luego tù eras la que un hombre
eſcondido tenias dentro?
Eugen. Luego tù con nombre mio,
Clara, la traicion has hecho?
Torib. Luego tù por eſſo à mì
me tenias al ſereno,
hecho abeſtrùz del amor?
Los 3. Què es eſto, ingrata, què es eſto?
Clara. Eſto es que por eſtorvar
de Eugenia yo los empeños,
no pude eſtorvar el mio;
y pues que ſois Cavallero,
no en el rieſgo me dexeis,
quando à otra ſacais del rieſgo.
Felix. Què es dexaros? con mil vidas
haveis de vèr que os defiendo,
pues no amando la que es Dama
de mis amigos, bien puedo.
Juan. Pues ſupueſto que ya quedan
deſvanecidos mis zelos,
yo os ayudarè. *Pedro.* Yo, y todo.
Alonſ. Hay tan grande atrevimiento!
Torib. Quien tuviera aqui un lanzon
de tres que en mi caſa tengo.
Alonſ. A mis ojos, y en mi caſa,
nadie à mis hijas (ay Cielos!)
defenderà, que no ſea
ſu eſpoſo. *Felix.* Si baſta eſſo,
yo lo ſoy ſuyo. *Clara.* Y yo ſuya.
Alonſ. Quièn creyera, que en el yerro
mayor, fuera quien cayera
la meſurada mas preſto?
Torib. Quien no lo creyera, pues
ſiempre en el mundo lo vemos,
que las aguas manſas ſon
de las que hay que fiar menos,
y tienen mayor peligro,
porque ſin duda por eſſo,
guardate del agua manſa
dixo un antiguo proverbio.
Eugen. Pues yo, ſeñor, à tus plantas
humildemente te ruego
me dès eſtado à tu guſto,
que yo con mi primo quiero
irme à la Montaña, donde
te aſſegure, por lo menos,
de que nunca delincuentes
fueron mis eſparcimientos.
Torib. A la montaña? eſſo no,
porque allà llevar no quiero,
ni filis, ni guardainfantes:
y aſsi, con mi alforja al cuello,
donde eſtà mi executoria,
haveis de vèr, que me buelvo
ſin caſar. *Alonſ.* Ni yo tampoco,
que no tengo de dar dueño
tan bruto à una hija mia,
à quien mas atencion debo,
ſino darla à quien ſu madre
la havia dado en caſamiento:
y eſperando mi licencia,
ſe quedò haſta aora ſuſpenſo.
Juan. A vueſtras plantas humilde,
os digo que ſoy el meſmo,
pues ſoy Don Juan de Mendoza.
Alonſ. Con eſſo es del mal el menos.
Pedro. Pues quedo ſin eſperanza
de mi amor, lograrla intento
en pedir que perdoneis
de nueſtras faltas los yerros.
Torib. Porque con la moraleja
de agua manſa, y ſu exemplo,
dando principio à ſerviros,
fin à la Comedia demos.

F I N.

Con licencia: En VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joſeph de Orga, donde ſe hallarà eſta, y otras de diferentes titulos. Año 1767.